

Atarraya

Cultural

Construyendo
Región



ISSN: 2665-6124 — Nro. 03 / 2020-2



ACREDITADA POR ALTA CALIDAD
VICERRECTORÍA DE EXTENSIÓN
Y PROYECCIÓN SOCIAL



Emmanuel
21/11/20

Atarraya
Cultural Construyendo
Región 

No. 3, junio - diciembre de 2020 / ISSN: 2665-6124
 © UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA
 Editorial Unimagdalena
 Carrera 32 No. 22 - 08
 Mar Caribe – primer piso, lado A
 (57 - 5) 4217940 Ext. 1888
 Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
 editorial@unimagdalena.edu.co

Rector: Pablo Vera Salazar
 Vicerrector de Extensión y Proyección Social: John Taborda Giraldo
 Vicerrector de Investigación: Ernesto Galvis Lista
 Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro
 Editor del presente volumen: Jorge Enrique Elías-Caro
 Asistente editorial: Linda Esperanza Aragón Muñoz

Comité editorial:
 Jorge Enrique Elías-Caro
 Ibeth Noriega Herazo
 Joaquín Vilorio De la Hoz
 Wilmer Martínez Manotas
 Clinton Ramírez Contreras

Revisión de estilo: Juliana Javierre
 Diseño y diagramación: Eduard Hernández Rodríguez
 Foto de portada: *Cien años de soledad*
 Autor foto de portada: Emanuel Obregón

Santa Marta, Colombia, 2021

Atarraya Cultural es una publicación semestral que tiene como objeto divulgar las actividades de proyección social y de la Dirección de Cultura de la Vicerrectoría de Extensión, y busca ser un medio informativo para la sociedad en general y la comunidad universitaria de las acciones establecidas en sus funciones misionales.

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
 Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres

(Bogotá)

El contenido de esta revista está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Contenido

	Editorial	7
SECCIÓN 1	Tejidos culturales	
	Náufragos de puertas afuera	9
	Se ‘robaron’ un sombrero y comenzó la leyenda.....	17
	Carnaval del Atlántico, el encuentro triétnico donde empezó la tradición.....	23
	Macondo, el lugar de todas las cosas	31
	Viajar lo es todo: homenaje a mi querido Caribe y sus despedidas.....	35
	Himno a la alegría de <i>gozá</i>	47
SECCIÓN 2	La Malla Unimagdalena	
	Fortalecimiento de la cultura ancestral de Taganga a través de los cómics.....	51
SECCIÓN 3	Reseñas literarias y críticas de cine	
	Esquela para el coronel.....	61
	Volver a mirar el Caribe: <i>El buen verdugo</i> y otras ficciones regionales.....	65
SECCIÓN 4	Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social	
	“Los niños del Caribe pintaron a Gabo” en su mágico mundo macondiano.....	71
	Murúnmuke, espacio de diálogo con el territorio y la montaña.....	75
SECCIÓN 5	Narrativa Unimagdalena	
	Los cuentos del Taller de Escritura Creativa.....	79
	Madrugada.....	80
	¿A dónde van a parar los esfumados?	84
	El heladero	85
	Allá.....	86
	13 minutos	87
	El agua mala	89
	Soliloquio.....	90
	Salomón	91
	Quimera.....	92
	Un día para recordar	93
	Baladíes.....	94
	Amor mágico como el siete.....	95
	El viejo gato y su rímel	96
	Un maldito más.....	97
	Políticas para publicación de textos	98
	Convocatoria revista <i>Atarraya Cultural</i>	99

Editorial



Fuente: Esther Mendoza, 15 años

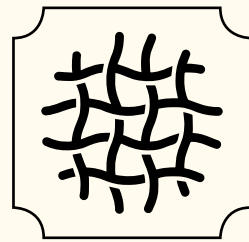
Existe una frase tan común como real: “lo que no se publica, no se conoce”. Como política institucional, la Universidad del Magdalena le apuesta a la cultura y al progreso de la sociedad. Por eso, desde los roles misionales, como objeto de su responsabilidad social, no solo es imperioso mostrar los logros e indicadores de gestión que se vienen llevando a cabo en las distintas comunidades, sino que también es necesario divulgarlos. La diseminación del conocimiento —ya sea derivada de procesos científicos, tecnológicos, de innovación social o empresarial y de la creación artística— es parte integral de sus formas de generación; de ahí que deba darse a conocer. Por tal razón, la revista cultural *Atarraya*, de la Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social, tiene como fin divulgar lo que se hace en el marco de los proyectos culturales, por parte de la institución, como son los de literatura, del sistema de museos, de trabajos con infancia y adolescencia y los que se hacen con diversas comunidades en el Caribe colombiano.

Para esta edición, *Atarraya* nos ofrece un contenido variopinto. Es rico en experiencias significativas y en el sentipensar de sus actores y autores como protagonistas. Como es habitual, la sección de “tejidos culturales” es amplia y diversa: en ella, encontraremos textos relacionados con la realidad del contexto caribeño, de sus diversas problemáticas, y con fenomenologías sociales, políticas, económicas, ambientales y culturales que han moldeado una identidad que, como estereotipo, indica que se ha forjado un ethos digno de mostrar.

Además, hallaremos otras secciones que ponen de manifiesto la creatividad y sensibilidad social de miembros de la comunidad universitaria, pero también de muchas personas externas que, de manera voluntaria, quisieron vincularse a este bonito proyecto editorial. Verbigracia de ello, podremos apreciar una sección de cuentos cuya la narrativa se ha puesto en escena por parte de los graduados y graduadas de los distintos programas de Unimagdalena —pregrado y postgrado—. En otras secciones, como es costumbre, participan docentes y estudiantes, así como funcionarios o contratistas que lideran y hacen parte de los diversos proyectos que adelanta esta dependencia.

Algo que no podemos dejar de comentar es la excelente iconografía que muestra esta edición. En la medida en que los textos van descubriendo su contenido, la magia de las imágenes, ya sean fotografías de alta calidad o ilustraciones, engalana los escritos. Un ejemplo para resaltar son las imágenes de niñas y niños ganadores del concurso “Los niños pintan a Gabo”, una bella iniciativa que dejó volar la imaginación sobre la vida y obra de nuestro nobel. Igualmente, dibujos que dejan en evidencia el imaginario colectivo que existe sobre García Márquez y la construcción social de una mentalidad que, más allá de la ficción que aparece en el mundo de Macondo, es una situación que imbrica hechos de un contexto histórico, cultural o de identidad sin realismo mágico.

Jorge Enrique Elías-Caro
Director de Publicaciones y Fomento Editorial



Tejidos culturales

Náufragos de puertas afuera

Texto: Alfredo Padilla¹

Fotos: Linda Esperanza Aragón²

*Soledad con estilo
de silencio sin fin y arquitectura,
donde la planta en vilo
del ave en la espesura
no consigue clavar tu carne oscura
(García, L, 1987, p. 180)*

La mayor vocación de la fotografía es explicar el hombre al hombre, escribe Susan Sontag, en su ensayo de 1977, *Sobre la fotografía*, en donde relaciona la cámara (máquinas que cifran fantasías y crean adicción) con la literatura. La obra fotográfica de Linda Esperanza Aragón (Barranquilla, Colombia, 1995) lanza redes en mares literarios; sus retratos me remiten a Menen (1972), quien concibe a la mujer como un microcosmos cuya culminación espiritual resulta de la multiplicación del ser:

Dio ella un paso, retirándose alarmada del espejo. Simultáneamente, una infinita sucesión de imágenes de mujeres en un todo iguales a ella, dieron también un paso para retirarse a sus espejos. Abrió los ojos desmesuradamente, y aquel millón de mujeres abrieron dos millones de ojos desmesuradamente, formadas en una línea recta en perspectiva que llegaba al infinito. (p. 67– 68)

El espejo principal de la cámara fotográfica de Linda Esperanza Aragón (el recurso más confiable para el inicio de una mirada objetiva) busca reflejar a la misma artista, descubrirse en la mirada profunda de los barranquilleros, los ojos de los pescadores y la vida anfibia de las poblaciones bordeadas por la ciénaga de Zapayán, en Magdalena, Colombia; las dinámicas de la gente y su relación con el agua en lugares como Bocas de Ceniza y Puerto Colombia en un mimetismo de luz, un sincretismo de plata, fotosensibilidad y sensores digitales. En el otro encuentra su reflector fotográfico y se encuentra a sí misma, mirándose de frente.

1. Escritor y periodista. *E-mail:* alfredo.padilla.agundiz@gmail.com.

2. Comunicadora social-periodista, fotógrafa documental y especialista en Comunicación para el Desarrollo Social. *E-mail:* lindaearagonm12@gmail.com.



El niño y su burro. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón



Tiempo y silencio. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón

La fotografía de Aragón no encuadra en arquitecturas ostentosas, sino en la edificación de los cuerpos *imperfectos*, aquellos ajados por el sol de los puertos menos visitados, donde el turismo curioso no se hace presente. Enmarca en efigies de niños jugando a la pelota con las olas del mar o en los barrios amurallados de cemento y cal, donde el afecto prevalece aún más que en la zona urbana del hedonismo. Encuadra en las figuras de los ancianos que sostienen al mundo con sus pláticas por la tarde —cuando estos dejan de hacerlo el universo dejará de existir también—; en los pies danzantes de cumbia, farota y soré sé-sé; en las mujeres que, sumergidas medio cuerpo a la mar, transportan víveres apoyados en sus cabezas. Es la voz del río, la mar, la marea y la marginación decodificada en luz. Una fotógrafa peregrina de todos los mares, marinera de todos los puertos, noctámbula de todas las noches, que decide quitarse las vendas de los ojos para poder mirar para siempre, anulando también nuestra propia ceguera.

Si es verdad que ser marinero es ser mar, como sentencia Cernuda (1931), entonces para Linda Esperanza Aragón ser fotógrafa es ser fotografía.

La soledad no es tan triste; ser es también no haber sido. La soledad es para mí una condición de trabajo, un trabajo de tres turnos; la muerte del tiempo. Una soledad que se hace sola, para poder escribir. Sin embargo, en el trabajo de Aragón la soledad es el naufragio de todos los puentes y, aun así, encuentra la mirada fuerte y retadora de la vida, la de un naufrago de mares expansivos, de puertas afuera. Es la soledad lo que me une al trabajo de la fotógrafa barranquillera; porque nadie debe caer en las profundidades de su propio mar, debemos ser ríos que comunican y dan de beber.

Escribo no solo desde la soledad, sino también desde el pueblo de Soledad —la *metasoleidad*—, en San Luis Potosí, México, a 1.850 metros de altitud sobre el nivel de la tristeza, sobre



Garza vigilante.
Fuente: Archivo de Linda
Esperanza Aragón



Mar coqueto. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón



Humedecer las nostalgias. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón



Nos miramos.
Fuente: Archivo de Linda
Esperanza Aragón

el nivel del mar. El viento sopla a 18 km/h, con una humedad de 41% en el kilómetro 0, al norte de la ciudad de los acomodados, en medio de baldíos antes azotados por el sol, donde al día de hoy se yerguen construcciones desproporcionadamente pequeñas para familias grandes. El fantasma de los solares sigue ahí, como la basura que deja rastro de las fiestas patronales. Soledad es un municipio en el que los primitivos construyeron una ermita para venerar a una virgen antigregaria, la virgen del destierro, una deidad española que representa a María en soledad, aislada de todo tras sepultar los restos de su hijo. Alquilería de menestrales y carretoneros, obreros de la bazofia que veían en los desechos un patrimonio. En un principio, a esta zona solo llegaban dos tipos de personas: los soñadores y los gitanos: de los primeros nos vino la casta; de los cingaros, la fiesta. Estercolero de la gran ciudad y destino de las aguas residuales de la urbe; un pueblo de gastronomías fáciles y niños

difíciles. Extranjeros desemejantes en el extrarradio de nuestro solar materno, la patria chica de nuestra razón.

A unos cuantos kilómetros de la cabecera municipal, puede sentirse esa condición de refugiado, exótico a la urbanización del tercer mundo, inmigrante de la vanguardia, ajeno al hormigón y el embaldosado. El habitante de Carcosa, el que peregrina los caminos de tierra, el que se mide la valentía con el hierro de las vías del tren, el que conoce a las sendas de su barrio como a las líneas de su mano, el que vaga, con el popular don de la pata de perro y la inabarcable capacidad de asombro.

Crecimos en este territorio descalabrado por el que damos todo. Formamos parte de una comunidad con nombre de poema de Federico García Lorca. Sentimos el filo punzante del acero, nos tatuamos la cartografía del arrabal para no



El perrenque de la lavandera.
Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón

perdernos, para no perder la cabeza ni los lazos de pertenencia con las costumbres y las tradiciones de los sobrevivientes. Gente de ganaderías y haciendas rotas, donde no cabe la colectividad del Estado, sino la de las botas de campo. Dependientes del abismo del sueño, el tormento y la tormenta en el lugar donde impera la soledad, en el mundo fuera del mundo.

En la serie fotográfica *Cátedra sobre cómo estar solo*, de Linda Esperanza Aragón, se retrata la misma narrativa: personas al borde de la nada o la nada al borde de las personas, encuadradas por el mar en ángulos desprovistos. La escala de grises agrava la nostalgia y los recluye en la nostalgia y el abandono. Son los pies ligeros de la desdicha,

¿o quizá la dicha se encuentra en la luz desvanecida y la tibieza de la soledad?

Esta serie es un consuelo para el espíritu afligido, el acueducto de todos los fracasos. El silencio es cierto y Aragón nos ha enseñado que también puede retratarse. Pienso en el silencio como un modelo más para su fotografía, un protagonista, un cuerpo de piedra. El marinero, la barren-dera, el pescador, la lavandera, el que espera, el bañista, el que se protege de la tormenta con la bandera del desamparo, el niño y el cáliz de su inocencia perdida, las vendedoras de pescado, el anciano que recoge sus huellas, el danzante del viento, la tejedora de redes, las garzas vigilantes en las puntas de las canoas, la ola que rompe,

nosotros, los ríos más profundos, los naufragos de puertas afuera.

Para Linda Esperanza Aragón, su obra consiste en llevar la fotografía como se lleva un bote a la mar. Navegar el mensaje, el entusiasmo sobre las personas y los rostros tan parecidos al suyo, ese es el voltaje que la empuja sobre las montañas de la servidumbre, tan necesaria para producir la fotografía definitiva, y en ella está la energía. Al final, como escribiría Donne (2005): “Ningún

hombre es una isla, completo por sí mismo. Cada cual es una pieza del Continente, una parte del Océano” (p. 115).

Referencias

- Cernuda, L. (1931). *Los placeres prohibidos*. Ediciones Cátedra Letras Hispánicas.
Donne, J. (2005). *Devociones para ocasiones emergentes*. Santiago Arcos. García, F. (1996). *Poeta en Nueva York*. Ediciones Cátedra Letras Hispánicas.
Menen, A. (1972). *La ilustre familia androide*. Concultura.



Pescador sereno. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón



Fuente: Helena Villalba, 10 años

Se ‘robaron’ un sombrero y comenzó la leyenda

Texto: Javier Franco Altamar¹

Ilustración: Casa Cabaret²

*Un homenaje al maestro
Adolfo Echeverría, quien ya cumplió
86 años de edad, la historia detrás
de una de sus más reconocidas canciones.*

Cuando el juglar Juancho Polo Valencia escuchó el llamado por los altavoces y se puso de pie para dirigirse a la tarima, estiró el brazo buscando algo sobre la mesa y la mano se le fue en blanco. “Hey, ¿quién me cogió el sombrero?”, preguntó, mirando para todos lados.

Era un fin de semana, a principios de 1974, y la escena transcurría en la zona de los artistas de una caseta, donde ellos, dispuestos en varias mesas, departían mientras les llegaba su turno de presentación. “Dejen la pendejada, ombe”,

dijo Juancho Polo frente a la seriedad simulada de sus colegas.

Presentarse en la tarima sin sombrero no estaba entre los planes del juglar. Y no era, ni siquiera, asunto de protección o vanidad, sino de que aquel sombrero —inclinado hacia la derecha y ayudado por un mechón de cabello—, ponía la oreja incompleta a salvo de las miradas. Era mejor así que estimular la imaginación de la gente, aunque casi todo mundo sabía que, dos décadas atrás, había perdido parte de su oreja por un navajazo de riña.

Por todo eso, una de las ofensas más grandes que podían hacerle a Juancho Polo Valencia era esconderle su sombrero. Además, ese que lucía esa noche, típico de la Sabana de Bolívar, se lo había regalado el ganadero Andrés Gamarra Meza, uno de sus grandes padrinos musicales y propietario de varias fincas del Magdalena. La costumbre

1. Comunicador social-periodista y magíster en Comunicación. E-mail: jfrancoaltamar@gmail.com.

2. Estudio de arte y espacio cultural de Valledupar (Colombia). E-mail: soytuabc01@gmail.com.



El sombrero
de Juancho Polo.
Fuente: Archivo
de Casa Cabaret

de Gamarra, cuando contrataba al juglar para sus fiestas privadas, era encimarle un sombrero al momento del pago.

En medio de las risas ahora contenidas de los otros músicos, Juancho Polo empezó a apurarlos para que le devolvieran el sombrero. Cuando ya comenzaba a perder la paciencia, escuchó algo que lo dejó helado: era su propia voz amplificada por el equipo de sonido de la fiesta: “Upa, me robaron mi sombrero. Yo sé quién lo tiene. Devuélvanme el sombrero, carajo. Parecen es mujeres”.

A Juancho Polo —el Respeto del Magdalena, como le gustaba presentarse, y camorrero por naturaleza—, aquello le pareció el colmo. ¿Quién era el burlón que lo imitaba con singular fidelidad? Alguien, que no era él, estaba usando el micrófono del anunciador. Solo vino a saberlo cuando el mismo imitador se le acercó muerto de la risa y le devolvió el sombrero: era Tommy Arraut, bromista incorregible y cantante de la agrupación

Los Mayorales, del maestro barranquillero Adolfo Echeverría.

En efecto, entre los conjuntos que esperaban turno estaba el de Echeverría. Era la época de la llamada “bonanza marimbera” y el vallenato, impulsado por las fiestas dionisiacas de los traficantes de la hierba, había comenzado a desplegar su fuerza imbatible en toda la Costa. La propuesta original del maestro Adolfo incluía, sobre todo, aires tropicales, porros, cumbias y varios otros ritmos de la región, pero él le había incorporado algo de música vallenata a través de sus Mayorales para estar a tono con las circunstancias.

Anastasia Arrieta, la viuda del maestro Echeverría, recuerda que, por esos años, cada vez que la agrupación de su esposo era invitada a tocar por esa zona, en parrandas que duraban varios días, se encontraba con la de Juancho Polo Valencia. Con tanta gira por ese pedazo de la historia, a Anastasia le resulta imposible precisar

ahora en qué punto de la geografía costeña ocurrió lo del sombrero. Pero pudo haber pasado igual en la Alta Guajira, La Paz, Carrizal, Zaragoza o San Juan del Cesar, dice ella: eran ambientes calcados.

A esa imprecisión también contribuye que, desde aquel momento, Arraut tomó por su cuenta a Juancho Polo y, cuando lo veía aparecer o sabía de su llegada, tomaba prestado el micrófono del anunciador y la volvía a enfilar con la imitación: “Señoras y señores, acaba de llegar el hombre del sombrero”, decía.

A calmar a Juancho

Por aquel entonces, Juancho Polo Valencia andaba en sus 54 años, pero aparentaba muchos más. Era delgado en extremo y su rostro pálido no solo estaba lleno de arrugas diminutas, sino cruzado por la mueca de la dentadura perdida. Completaba su apariencia una camisa multicolor, un pantalón estafalario de terlenka y el sombrero, el sagrado sombrero.

Si todo este ataque de Arraut no pasaba a mayores en las fiestas era porque, al final, todo se entendía como una broma. Claro que, para calmar a Juancho Polo, intervenían el propio maestro Echeverría o alguno de sus músicos: de alguna manera lo convencían de que aquello era una suerte de reconocimiento a su estatura musical.

Por los lados de la agrupación de Echeverría, la situación derivó en que Arraut empezó a gozarse la parodia. De hecho, imitar a otros cantantes y hacerlo en distintos géneros musicales era una de sus habilidades para hacer reír a sus compañeros. Así, aprovechaba las pausas de los ensayos en Barranquilla y cantaba, de vez en cuando, “Lucero espiritual”, uno de los temas pegados de Juancho Polo Valencia. Para hacerlo, no solo imitaba el timbre entre nasal y chillón del juglar, sino que se acompañaba del acordeón de la agrupación. Era tan graciosa la caricatura que una noche el maestro Echeverría lo llamó aparte con una sorpresa:

—Se te oye bacano el “Lucero espiritual” —le dijo a Arraut—, pero te tengo dos temas inéditos para que te luzcas de verdad. Eso sí, tienes que cantarlos remedando a Juancho Polo.

Arraut no lo podía creer, pero terminó de convencerse cuando el propio Echeverría le cantó el inicio de uno de los temas a viva voz y en ritmo de paseaíto:

*Se robaron mi sombrero,
y yo sé quién me lo tiene,
pobrecitos majaderos
como si fueran mujeres.*

Y luego cantó el inicio de la otra canción:

*Póngale cuidado, Alicia,
que le pica esa culebra,
páguele lo que le deba,
pero no se esconda, Alicia.*

A Arraut —oriundo de Magangué (Bolívar), hijo adoptivo de Barranquilla y cuyo verdadero nombre era Manuel Pava Viñas— aquello le pareció una muy buena idea, pero pidió no figurar con su seudónimo habitual —ya era reconocido como la Ninfa Morena o el Bocachico—, sino como Don Abundio. La razón era que así habían empezado a apodarlo en las calles por la indumentaria con la que “se la vacilaba” a ratos y que en algo evocaba a un personaje de tiras cómicas de la época.

Justo con esa indumentaria de sombrero pequeño, gafas redondas y una mochila artesanal colgada al hombro se ve hoy la foto de Arraut en la contra-carátula de aquel trabajo discográfico de 1974 con el que Echeverría presentó “Me robaron el sombrero”. Fue producido con el sello Sonolux (reeditado por Sonoven, en Venezuela). El tema era el segundo del lado 1 del disco, pero el nombre estallaba en letras grandes en la cubierta. Y allí mismo quedaba claro, también en grafía destacada, que Adolfo Echeverría y Don Abundio estaban al frente.

Las otras estrofas de esa canción quedaron así:

*Qué le pasará a esa gente
será por la competencia,
saben cuánto Abundio pesa
y le robaron los lentes.
Y le robaron los lentes,
los zapatos y el sombrero.
Pobrecitos majaderos
como si fueran mujeres.*

El otro tema fue *El hombre del sombrero*, que apareció en el trabajo discográfico *El estilo vallenato de Adolfo Echeverría*, del mismo año y con la misma Sonolux. Es el primero del lado B de ese disco.

Un año después, y como para que no quedara duda del acierto, Sonolux produjo un nuevo trabajo con Adolfo Echeverría titulado *Acordeón vallenato*, y en él aparecen ya los dos temas juntos. Un tercer tema titulado *San Gregorio*, también cantado por Don Abundio, no fue tenido en cuenta y pasó al olvido. El acordeonista era Medardo Mercado.

Como era de esperarse en el ambiente festivo del Caribe, los dos temas vocalizados por Don Abundio pegaron con fuerza, pero sobre todo el del robo del sombrero. Ya la broma original, entonces, había pasado a otros niveles.

El maestro Hugo Molinares, quien para esa época era el bajista de Los Mayorales, recuerda algunos momentos graciosos que se dieron en la reconocida Sede de los Músicos, en el Centro de Barranquilla, calle 36 entre carreras 40 y 41, a un costado del almacén Ley de entonces.

Para esos años, ese era el sitio de concurrencia de directores, cantantes y miembros de agrupaciones musicales, y era donde se establecían los contratos. Por eso, era común que por allí se aparecieran, con frecuencia, Alejo Durán, el maestro Pacho Galán —que tenía su oficina por allí cerca—, representantes de las agrupaciones venezolanas de moda

y hasta Richie Ray. Por supuesto, en varios momentos coincidieron Juancho Polo Valencia y Arraut, este último vestido ya como Don Abundio.

“Pilas, que por ahí está Juancho Polo y te va a joder”, le decían a Tommy. “Mira, por ahí anda Don Abundio cantando como tú”, le decían a su vez a Juancho. “¿Dónde está ese pendejo? Lo voy a joder porque a mí se me respeta”, gritaba del autor de *Alicia Adorada*. Y, si lo veía, entonces lo correteaba. Tommy, que se la vacilaba con su sombrero y su mochila, salía corriendo y desaparecía entre la gente. “Ya se fue, le decía yo a Juancho para calmarlo... pero sí, eso era mucha risa”, recuerda Molinares.

La respuesta

Esa situación derivó en que Juancho Polo empezara a interpretar en los bailes un merengue de su inspiración titulado *Para volverlo gallina*. El tema, básicamente, es una respuesta grosera y ofensiva al imitador, con amenaza de muerte incluida. La primera estrofa es un alarde de dotes de conquistador y habla de que tiene 12 mujeres que lo aman y lo visitan, pero el veneno viene en el resto de la canción:

*Y el desgraciado, Don Abundio,
no lo he visto ni de paso (bis).
Le voy a meté un porrazo,
pa' mandarlo al otro mundo (bis).
Don Abundio, Don Abundio,
¿tú qué haces por la plaza? (bis).
Busca camino en tu casa
y no alegras a ninguno.
Yo lo busco y no lo hallo.
Yo pregunto en las cantinas.
Ando buscando a ese gallo,
para volverlo gallina.*

Pero, a esas alturas, la parodia de Don Abundio había cogido suficiente vuelo propio y era claro que le estaba ganando la partida a Juancho Polo en las emisoras. Por eso, en la disquera Fuentes le propusieron al cantautor vallenato grabar el exitoso tema del sombrero con su propia voz. Lo

convencieron entre el director artístico, Isaac Villanueva, y el propietario, Antonio Fuentes.

Al final, resultó buena la idea: la canción, divulgada primero en un sencillo de 45 revoluciones por minuto, se convirtió en un éxito de 1975. La letra era prácticamente la misma: solo se reemplazó “Abundio” por “Juancho” en la automención y, en vez de “pobrecitos majaderos”, Juancho prefirió “hombrecitos majaderos” y listo.

Entonces se dio una situación simpática cuyas consecuencias han llegado hasta nuestros días: las dos versiones de *Me robaron el sombrero* estaban sonando al mismo tiempo y eso se volvió motivo de disputas y discusiones. Llegó a tal grado el asunto que, por las emisoras locales, se dieron concursos al aire para que los oyentes descifrarán quién era quién. La discusión era si había un imitador o era el mismo Juancho Polo que cantaba con otro nombre para evadir el contrato de exclusividad con su sello disquero.

Al maestro Echeverría, que en aquellos momentos ya tenía impuestos varios de sus temas hoy clásicos —*Las cuatro fiestas*, *Cumbia negra*, *La paloma*, *Puya y hunde*, entre otros—, eso le importaba muy poco, recuerda ahora su viuda Anastasia, pero para ella sí era muy importante: “Y entonces, como él no quería, yo sí llamaba a las emisoras, me identificaba y ponía todo en claro: hay dos versiones y un mismo autor que es Adolfo Echeverría. Una la canta Don Abundio, que es Tommy Arraut, y la otra la “fusilaron” en Discos Fuentes”, dice.

Al año siguiente, y como para sacarle provecho a la simpática pelea, Juancho Polo Valencia grabó por fin el merengue *Para volverlo gallina*. Lo hizo con el sello Machuca, de Barranquilla, en un trabajo titulado *Jesús Cristo caminando con San Juan*. En ese disco de larga duración, y a manera de complemento, está incluso un paseo llamado *La crítica* que, si bien no es de autoría de Juancho Polo, sino de Hernando Barrios, lleva intenciones parecidas contra Don Abundio. La expresión “yo no sé por qué” se incluye como estribillo:

*Yo les canto a los muchachos,
algo que sale del fondo,
para que toditos sepan
que no canta don Abundio.
Mucha gente coge fama,
imitando a Juancho Polo,
no se sienten competentes
al progresar por sí solo[s].*

Coro: *esta es mi nota, este es mi canto.*

*Yo deseara que la gente
tuviera en cuenta una cosa,
tiene distinta la voz
y tiene distinta la nota.
Ya con esta me despido,
haciendo esta observación:
Don Abundio canta solo,
yo canto y toco acordeón.
Coro: esta es mi nota, este es mi canto.*

Luego de todo este cruce de bromas, respuestas fuertes, apuntes de picardía, canciones y parodias, la historia terminaría siendo más favorable con la interpretación de Juancho Polo que con la original de Don Abundio. Hoy, esa versión que la viuda del maestro Echeverría define como una “muy buena fusilada” es de las más reconocidas y sabrosas atribuidas al juglar.

En varias de las recopilaciones de la obra musical de Juancho Polo Valencia, todas de Discos Fuentes, figura esa versión: una de 1978 (el año de su muerte), otra de 1994, y en la pareja de CDs *La historia musical*, del 2012, que agrupa 40 de sus canciones.

Incluso, estimuladas por el ritmo pegajoso y el mensaje gracioso del tema, fueron apareciendo otras versiones con el paso de los años, como las de los Hermanos Sarmiento, David Vargas, Leyenda XXI, Toño Meriño y Elver Díaz. Todas, sin excepción, respetan la presencia de Juancho en la letra, porque, igual que aquel sombrero extraviado, los versos quedaron para siempre a la medida del Respeto del Magdalena. ■■■



Fuente: Jonathan Rivas, 14 años

Carnaval del Atlántico, el encuentro triétnico donde empezó la tradición

Texto: Adriana Chica¹

Fotos: Roxana Charris²

Al menos el 60% de las expresiones artísticas del Carnaval de Barranquilla tienen su origen en los otros municipios del departamento.

Los congos y las máscaras de animales de Galapa, reminiscencia de los cabildos negros; la flauta de millo de Juan de Acosta, de procedencia indígena; los Diablos Arlequines, de Sabanalarga, que rememoran las procesiones españolas, y cada una de las manifestaciones artísticas de los municipios del Atlántico, se extendieron por el río Magdalena hasta desembocar en Barranquilla, el espacio de encuentro cultural de las tres etnias que convivieron durante la Colonia, dando origen al famoso Carnaval.

Gran parte de las danzas, de los instrumentos folclóricos, las artesanías y demás manifestaciones del acervo cultural que se dan cita cada año en Barranquilla, en la festividad más grande del Caribe colombiano, no tienen su origen en esta ciudad. Al menos el 60% de esas expresiones artísticas tiene sus raíces en el resto de municipios del departamento. Eso afirmaba el docente universitario e investigador cultural Jairo Soto Hernández, quien dedicó décadas al estudio de esta celebración hasta su fallecimiento este año.

El Carnaval de Barranquilla fue traído desde Europa a las provincias coloniales españolas, pero en Colombia la fiesta se alimenta de dos actores que vieron en ella la posibilidad de visibilizarse a través de sus expresiones culturales: las comunidades indígenas y los esclavizados de África. En ese entonces, los espacios de celebración eran

1. Comunicadora social-periodista. E-mail: adrianachica90@gmail.com.

2. Fotógrafa y productora multimedia-audiovisual. E-mail: roxchy@gmail.com.



Color en la noche del pueblo. Sabanalarga, Atlántico. Fuente: Archivo de Roxana Charris

los centros urbanos y rurales; los primeros, en Cartagena, y los segundos, en los pueblos ribereños. Explicó Soto:

Barranquilla no fue fundada por españoles; es un poblado que aparece como un sitio de libres, donde migrantes del mundo trajeron múltiples cargas culturales. Durante la República tuvo un importante auge, que fue perdiendo Cartagena, y habitantes de distintos rincones del Caribe se asentaron ahí con las vivencias de las celebraciones que hacían en sus pueblos de origen: así se unieron todas, con algunas propias de la ciudad, y conformaron el Carnaval.

Por estar ubicados a orillas del Magdalena, la composición cultural de los municipios atlanticenses surge de la mezcla entre indígenas originarios, colonizadores del sur de España y la influencia africana de los esclavos. Así, por más de 150 años, el Carnaval del Atlántico ha sido el escenario de expansión de esa muestra multicultural que tiene en Barranquilla su gran vitrina, llegando las personas a través del río, “la gran autopista de comunicación de la época, en ausencia de otros medios de transporte”, según expuso Soto.

La ruta de la tradición del Atlántico da inicio evocando el Corpus Christi de la Iglesia Católica



Diablos Arlequines de Sabanalarga: el calor de la fiesta. Fuente: Archivo de Roxana Charris

del siglo XIX, donde hay una representación simbólica de la lucha contra la muerte, que da paso al surgimiento de la vida materializada en el Espíritu Santo. Ello, en el desfile del “Ceremonial de la Muerte”, que nació como un recorrido callejero, según describe la Academia de Historia de Soledad, el municipio donde se realiza cada 20 de enero.

Ese día, salen al asalto disfrazados de parca y “secuestran” a la reina municipal, quien vence en representación de la vida. Ese mismo acto llega a Barranquilla en la danza del Garabato. Y también con los Diablos Arlequines de Sabanalarga, representados con un traje de bufón colorido, sonajeros en pies, caderas y manos, una máscara de diablo en la cabeza y botando, literalmente, fuego por la boca.

Contó Gastón Polo, director de la danza, que tiene 83 años:

Los españoles se disfrazaban de diablo para atemorizar a los indígenas por las noches y robar su oro. Los asustaban echando fuego por la boca y con un sonido que los aborígenes nunca habían escuchado, producido por unas castañuelas [...]. Nos presentamos en la Guacherna del Caribe de Sabanalarga, que hace parte del Carnaval del Atlántico, y a finales de los 70’s llegamos al Carnaval de Barranquilla.

Los Diablos Arlequines también nacieron como una burla a la colonización. Pero la blasfemia, propia de la fiesta ancestral pagana, no fue la única representada, advierte Soto. La belleza de cada etnia también tuvo su lugar en danzas



Magia en el Sirenato de la Cumbia. Puerto Colombia, Atlántico. Fuente: Archivo de Roxana Charris



Millo que ameniza los corazones del Carnaval del Recuerdo de Baranoa, Atlántico. Fuente: Archivo de Roxana Charris



Niña pájaro en el Carnaval del Recuerdo de Baranoa, Atlántico. Fuente: Archivo de Roxana Charris

híbridas como la cumbia, por ejemplo. Las largas polleras de las mujeres y los trajes blancos con pañuelo de los hombres son los rasgos españoles. Los movimientos sensuales y la galantería, características de los bailes africanos. Y la instrumentación musical, el aporte indígena.

Esta danza tiene su propio encuentro en el Sirenato de la Cumbia, de Puerto Colombia. Candidatas de cada uno de los municipios del departamento demuestran su talento en el baile para hacer honor a las tradiciones aborígenes que acompañan sus movimientos de cadera al ritmo de la flauta de millo, uno de los instrumentos más típicos de la música folclórica del Caribe.

La flauta de millo se extrae del tallo de la planta de millo, originaria de Asia y cultivada en Juan de Acosta, donde se realiza el Festival Folclórico y Reinado Intermunicipal del Millo. Fueron los indígenas quienes la apropiaron para su música: tomaron el tallo hueco, le abrieron cuatro orificios horizontales e incorporaron una lengüeta vibrante en el exterior. Con ello, interpretan ritmos autóctonos como la puya y la cumbia.

Junto a ellos, el Carnaval de Barranquilla también se engalana con música de descendientes africanos como el mapalé, el son de negro de Santa Lucía y el son de pajarito de Manatí —municipios de las riberas del canal del Dique donde estuvieron los primeros asentamientos de esclavos—, que ocupan un importante papel en la festividad por su particular puesta en escena, en la que hombres con sombrero de ala ancha, usados en las faenas pesqueras, y con el torso descubierto y todo el cuerpo pintado de negro, hacen muecas exageradas como burla a los españoles.

La herencia negra se percibe también en los congos de todo el departamento, que se reúnen en el Festival de Turbantes de Galapa: “Es una danza guerrera que surge de los cabildos negros de Cartagena con la celebración de la Virgen de la Candelaria. Los hombres, que llevan en su cabeza un gran turbante, ‘luchan’ con versos”, explicó

Luz Elena Guette, hija del director de los Congos Campesinos de Galapa, que innovó en el Carnaval de Barranquilla al incorporar por primera vez mujeres en la danza de 100 años.

Los congos son acompañados por una cuadrilla de animales propios de la fauna de África, como tigres, jirafas y elefantes; con el tiempo, se integraron otros naturales de la región, como el burro. Las máscaras de estos disfraces, elaboradas en madera, son una tradición compartida por Galapa con técnicas aprendidas de los indígenas mokaná y Barranquilla.

Todas estas historias, que se escriben con los pasos de las danzas del Carnaval de Barranquilla y que han permanecido vivas gracias a eventos como el Carnaval del Recuerdo de Baranoa, que nació para recuperar la identidad cultural de algunas manifestaciones artísticas que habían desaparecido, fueron contadas a través de letanías, una tradición oral que tiene su vitrina en la capital del departamento.

En estas parodias de los cantos religiosos, un solista y un coro, sin coreografía ni música, recitan versos que riman, en los que critican, censuran y bromean sobre la actualidad local, nacional e internacional. Tienen su propio encuentro en Campo de la Cruz, que se une a otros eventos del Carnaval del Atlántico que resaltan las danzas, los bailes, las artesanías, la música y la gastronomía de la región, como el Carnaval de la Palma Amarga, en Piojó; el Festival de la Yuca y el Totumo, en Tubará, y la Batalla de Flores, de Santo Tomás.

De esta forma, el aporte cultural de los pueblos de la ribera del río Magdalena del Atlántico se tradujo en la herencia de las fiestas de los barranquilleros. Como resalta Soto, fueron todas estas expresiones vivas, intangibles e inmateriales de nuestros antepasados, transmitidas de generación en generación, las que lograron que el Carnaval de Barranquilla fuera declarado por la Unesco Obra Maestra del Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad. ■■■



Fuente: María José Cuello Royo, 14 años

Macondo, el lugar de todas las cosas

Texto: Fernando Araújo Vélez¹

Ilustración: Nátaly Londoño Laura²

La primera vez que Gabriel García Márquez vio la palabra Macondo fue en la puerta de entrada de una finca de la zona bananera que se llamaba así, mientras viajaba en el tren que llegaba y salía de Aracataca. Hoy, más que nombre, es adjetivo. Recreamos parte del mundo garciamarquiano con motivo de cumplirse seis años de la muerte del escritor.

Con el paso de los años, lo que terminó quedando de todo aquello que una vez se llamó Aracataca fue todo eso que plasmó en páginas y páginas Gabriel García Márquez. Aracataca fue Macondo, y Macondo fue Colombia, y el Caribe, y algo del resto de América Latina. Macondo fue pueblo, calles de polvo, niños barrigones y desnudos, diluvios, peste, fiebres de insomnio, delirio de prosperidad.

Macondo naufragaba en una prosperidad de milagro [...]. De la antigua aldea de José Arcadio Buendía sólo quedaban entonces los almendros

polvorientos, destinados a resistir a las circunstancias más arduas, y el río de aguas diáfanas cuyas piedras prehistóricas fueron pulverizadas por las enloquecidas almádenas de José Arcadio Segundo, cuando se empeñó en despejar el cauce para establecer un servicio de navegación. (García Márquez, 2007, p. 224)

Macondo fue el lugar de lo imposible, el lugar de todas las cosas, de los santos y los demonios, de la condena y la resurrección, del amor y el desamor, de la espera, de la locura, y de ser lugar pasó a ser adjetivo, saltándose de un solo brinco la opción de ser gentilicio. Y fue adjetivo sin calificativos, un poco como su creador. Se decía, se dijo y se dirá *macondiano*, y esa sola palabra entrañará magia, fulgor, luz, sombra o, en últimas, lo imposible:

Melquíades terminó de plasmar en sus placas todo lo que era plasmable en Macondo, y abandonó el laboratorio de daguerrotipia a los delirios de José Arcadio Buendía, quien había resuelto utilizarlo para obtener la prueba científica de la existencia de Dios. (García Márquez, 2007, p. 67)

1. Escritor y periodista. E-mail: fernando.araujo.velez@gmail.com.

2. Ilustradora y escritora. E-mail: nataly8216@gmail.com.

fig. 1. gabriel José
opuocæu



Macondo.

Fuente: Ilustración de Nátaly Londoño Laura

Macondianos fueron los hombres y sus delirios. Macondianos fueron la lluvia sin fin y el sol opaco. Macondiano fue dios.

Y macondianos fueron los García Márquez, todos, y el amor, por ejemplo, porque en los calurosos tiempos guajiros, aun antes de que surgiera Macondo, cuando los padres de Gabriel José de la Concordia se enamoraron, el amor era locura, delirio, fantasía, frenesí. Eran amores macondianos, amores atrevidos, como el de su padre, don Gabriel Eligio García Martínez, quien buscó como pudo a su amada, más allá de las oposiciones de los padres de su novia, sobre todas las cosas, entre los papeles hechos basura de los telegrafistas de los pueblos. Se hizo amigo de ellos, él que también era telegrafista, y los invitó a tomar, los regó de obsequios, solo para que le dieran una pista, y día de por medio reunía sus monedas para enviarle un poema, el mismo poema siempre a su amada: “Aunque de mí te alejes, nunca podré olvidarte, aunque de mí te alejes, nunca veré tu faz [...]...”.

El día de la boda, 11 de junio de 1926, Luisa Santiago Márquez se quedó dormida. Luego murmurarían que su padre, el coronel Nicolás Ricardo Márquez, había instruido a su esposa, Tranquilina Iguarán Cotes, para que le mezclara unas pastillitas en el agua. Don Gabriel Eligio la aguardó una y dos horas y algo más, con su vestido de paño negro y su camisa de frac, apostado a las puertas de la Catedral de Santa Marta, imaginando los pasos de su novia sobre la infinita alfombra roja que llegaba a la calle. No tenía sentido irse. El orgullo lo mataba, y del orgullo pasaba a la furia, y de allí a la impotencia. ¿Qué más podría hacer? ¿Ir por ella? ¿Largarse? En el fondo, les confesaría a sus hijos alguna vez, solo tenía dos obsesiones, y pasaba de la una a la otra indistintamente: besar a Luisa Santiago o irse hasta Riohacha y agarrarse a trompadas con el coronel Márquez.

De repente, sin embargo, surgió su amada. Al día siguiente, o a los dos, quedó embarazada.

Ya vivía en Aracataca con su marido, rodeada por tres indios, regalo del coronel, que la habían acompañado desde siempre. Creía en Dios, pero también en las supersticiones y los designios de las pequeñas cosas. Si le picaba la mano era porque le llegaría dinero, y si entraba en su habitación un cucarrón, con solo verlo ella sabía de dónde provenía. A los nueve meses nació Gabriel José. “Yo deseaba con toda mi razón que él fuera abogado, pero a él, mire usted, no le interesaron las leyes”, comentó ella como por pasar, sentada en una mecedora de su casa de Manga, en Cartagena, algunos meses antes de morir. “De todas, todas formas, lo intentó, hay que admitirlo”, añadió después.

García Márquez fue Macondo y viceversa. Y fue macondiano, dentro de un universo mágico e infinito de cuyas miserias y proezas han surgido y siguen surgiendo quienes cuestionan su existencia, porque fue macondiano que en algunos colegios prohibieran su obra por “vulgar” y fue macondiano que aquellos que lo rechazaban y se burlaban de él, luego del Nobel se ufanaran de conocerlo. Fue macondiano que se tuviera que ir del país por diversas amenazas y que luego lo acusaran de haber abandonado el país. Fue macondiano que, pasados los años, algunos escritores quisieran desligarse de su influencia con un insultante McOndo, cual fórmula comercial, y que otros lo negaran, y fue macondiano que alguno más pretendiera caer en la muy humana tentación de las comparaciones, como si la literatura fuera un asunto de récords y como si Macondo fuera la bolsa de valores de Wall Street.

Referencias

- Araújo, F. (2017, junio 22). Gabriel García Márquez, más allá de la soledad. *El Espectador*.
<https://www.elespectador.com/noticias/cultura/gabriel-garcia-marquez-mas-alla-de-la-soledad/>
García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Alaguara. ■■■



Fuente: Jireth Palencia, 14 años

Viajar lo es todo: homenaje a mi querido Caribe y sus despedidas

Texto y fotos: Elena García Prieto¹

Recorriamos las carreteras secundarias que atraviesan entre cordilleras la península ibérica. Alba conducía el auto viejo de su madre. Fue hace unos cuantos años ya, demasiados según se mire. Absortas en la conversación, recapitulábamos lo que ya pasaban a ser anécdotas de un fin de semana invernal en las montañas nevadas del Pirineo aragonés. Marina, invadida por la nostalgia de lo vivido y disfrutado solo por un corto periodo de tiempo antes de ser engullido por el pasado, nos habló de un poema de García Márquez (como se citó en De Pineda, 2018) que afirma que viajar es marcharse de casa, dejar los amigos, tratar de volar, conocer otras ramas, recorrer caminos, intentar cambiar. La subjetividad del “intentar volar” se me quedó

grabada en la memoria en forma de una larga lista de preguntas sin respuesta. Unos versos más adelante, otra afirmación significativa: “Viajar es vestirse de loco”. Quién me iba a decir a mí que el escenario de las palabras de Gabo se convertiría posteriormente en el escenario de mis más preciados recuerdos.

Sí, viajar es intentar volar. En la tarde del 11 de septiembre de 2017, un avión con destino a Bogotá despegaba del aeropuerto de Madrid. Yo me despedía de mi ciudad y de algunos compartimentos del ayer, mientras otros, sin embargo, quedaban escondidos en reducidos recovecos del subconsciente, tras los párpados. Memorice la fecha exacta porque ese mismo día, 18 años atrás, fue el atentado contra las Torres Gemelas en Nueva York. El tiempo, por lo visto, también vuela.

1. Especialista en Comunicación y Medios Digitales, investigadora musical y exploradora cultural. E-mail: elenagprieto@gmail.com.

Es en algún punto entre los números, letras y símbolos que componen las coordenadas y organizan nuestro planeta, atravesando los meridianos que dividen el océano Atlántico sobre el Ecuador y renuevan las horas desvelando las múltiples caras de la luna, donde empieza mi aventura y se alimenta mi nostalgia. Mi diario de viajes por los cinco sentidos, la Colombia diversa, sus colores y raíces, el ritmo y el sabor, la sazón. Suena la música y da comienzo a una historia de amor con lo desconocido.

Nunca había viajado sola. La primera vez que me creí una intrépida exploradora, con tremenda pinta de “gringa mochilera”, atravesé el país en busca de la costa. Por el camino había quienes me hablaban de un desierto de arena dorada, bañado

por las aguas turquesas del mar Caribe y hechizado por los vientos susurrantes de poniente. El punto más al norte, tierra sagrada, deseada por piratas ingleses y buscadores de perlas españoles siglos atrás. Los guardianes ancestrales del territorio, los indígenas wayuu, nos dan la bienvenida a la península de la Guajira.

Desde Santa Marta, una buseta transita las faldas de la Sierra Nevada por carretera, entre matas de plátano y papayos, discretas cabañas de colores con tejados de zinc y puestos de guanábanas, mangos y guayabas. Dejando a un lado Buritaca y Palomino, un par de horas más tarde se llega a Riohacha. Desde allí se toma otro bus hasta la plaza de Uribia, capital indígena cuyo nombre en wayuunaiki, el lenguaje del viento, es *Ichitki*.



La Guajira. Fuente: Archivo de Elena García Prieto



La Guajira.
Fuente: Archivo de Elena García Prieto

Traté de escapar un rato del sofocante calor bajo el toldo de una tienda donde vendían agua, viendo pasar hermosas mujeres con sus rostros trazados por sutiles dibujos en un rojo arcilla, vestidas por largas túnicas de alegres colores y sombreros tejidos con fibra de mawisa para protegerse del sol. Junto a mí, un joven de unos 20 años y alegres ojos oscuros también esperaba al Jeep 4 x 4 que, envuelto en barro y polvo, nos trasladaría dando votes por las dunas del desierto hasta Cabo de la Vela, junto al mar. “Mi nombre es Joaquín, un gusto conocerla”, se presentó.

Por el camino, el joven me contó que iba de regreso a la ranchería de su mamá, un negocio familiar dedicado a dar alojamiento a unos pocos forasteros, figones y despistados turistas en bermudas interesados en conocer los enigmas de su hermoso pueblo. La ranchería se llamaba Kashi, que en wayuunaiki significa “luna”, símbolo de la

noche, allá donde el sueño cobra vida. La representación del halo de *kashi* también es un baile en el que las parejas wayuu se desplazan formando círculos, creando una corona con el fin de representar la fecundidad de la tierra al son de la música. Fue tanta la inquietud que no pude rechazar la invitación y el hogar de la familia de Joaquín se convirtió en mi hogar durante cinco días.

Me dormía escuchando las olas del mar, mirando un cielo de azules cobalto inundado de mapas de constelaciones, imaginando planetas lejanos, tratando de calcular el infinito. Y, por las mañanas, leía y escribía notas en mi cuaderno mientras veía llegar a los pescadores con el almuerzo. De vez en cuando, conversaba con las niñas que se acercaban a venderme hermosas pulseras y maletas, tan tímidas y etéreas ellas, con la cara completamente camuflada en un barniz negro carbón para refugiar sus rostros de la intensa



Magdalena. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

luz solar de mediodía. También me invitaron a una fiesta por el decimoctavo cumpleaños de la prima de Joaquín. Comimos un delicioso chivo cocinado a la brasa con arroz, bebimos litros de ron y bailamos hasta el amanecer como si el mundo se fuera a acabar esa misma mañana. Por unos instantes, olvidé las expectativas traicioneras y el haber dejado lejos a mi familia.

En las celebraciones wayuu y en los largos trayectos por el desierto en jeeps desvencijados, castigados por indómitas dunas, tuve mi primer contacto con la cultura popular del Caribe. Durante ocho días el vallenato sonaba a cada rato. Jornadas enteras por caminos improvisados de arena y polvo, entre Cabo de la Vela y Punta Gallinas, en las que no se escuchaba otra cosa que no fueran los clásicos temas de los hermanos Zuleta, Binomio de Oro o los Diablitos. El imponente y desenfadado acordeón respira en cuatro aires marcados por el ritmo sincronizado de guacharaca y caja; unas veces se baila una parranda y,

otras, se suspira en una cadencia. El inigualable Diomedes Díaz cantaba:

*Me siento orgulloso de este arte,
hoy en día mi bella profesión.
Desempeño el cargo como autor,
algo muy bonito de mi parte.
Y ahora tengo base pa' cantante,
que es lo que me llena de emoción.
Ya puedo cantar una canción,
pa' que sea escuchada en todas partes.
Con arreglos propios de mi arte,
para enriquecer este folclor.*

Supe entonces que la historia, antes de ser escrita, era cantada por los viejos maestros del vallenato, capaces de aunar los diferentes orígenes de la raíz colombiana en una canción. Y yo, en mi ignorancia de recién llegada, que del único *balletto* del que había oído hablar era el que hacía referencia a la cría del monumental cetáceo, no lograba entender esta música que, a todas horas, me



San Bernardo del Viento, Córdoba. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

ponía la cabeza como un bombo. Aquello ocurrió hace mucho... o mucho fue cambiando el sentido de mis viajes por el Caribe colombiano.

En su juventud, García Márquez vendía libros recorriendo la región Caribe, absorbiendo la cultura popular y transformándola en una fuente inagotable de inspiración para sus cuentos y novelas, narrados a través de miradas opuestas y de diferentes generaciones, de la familia Buendía, Fermina Daza y Florentino Ariza. El escenario de trágicos romances en tiempos del cólera, en tiempos de quererse hasta el final de los días, cuando la vida ya no tiene límites.

Antes de volver a “cruzar el charco” para pasar las Navidades de 2018 con mi familia, justo un año más tarde, dejé mi apartamento en Bogotá y tomé un avión a Cartagena de Indias. A la mañana

siguiente, una lancha motora me trasladó hasta Isla Grande. Allí, en uno de los muelles, me esperaba Carlitos, un señor caleño que una década atrás, cansado de la ciudad y el ruido, había decidido irse a vivir al paraíso. Después conoció a Viviana, tuvieron a su hijo Nico, el niño rubio de ojos color aguamarina, y construyeron un hostel al extremo oriental de la isla.

Como yo viajaba muy justa de dinero, me hicieron el favor de ofrecerme un alojamiento más económico en la cabaña de los trabajadores, junto a los manglares y el muelle, lejos de otros turistas, su olor a bloqueador solar y sus cámaras de última generación. Mi rincón preferido en el mundo. Allí conocí a Luis y a Vayron, dos hermanos oriundos de la isla que ayudaban a la familia de Carlos en las tareas de mantenimiento del hostel. Junto a ellos descubrí el corazón de este escondite



San Bernardo del Viento, Córdoba.
Fuente: Archivo de Elena García Prieto



Leonel Torres, líder y vocalista de la banda Estrellas del Caribe. San Basilio de Palenque, Bolívar.
Fuente: Archivo de Elena García Prieto

en medio del mar, Orika y su gente hermosa. Fue la primera vez que asistí a una pelea de gallos, nadé bajo la oscuridad absoluta de la noche entre el reflejo de las estrellas y los destellos luminosos del plancton marino, y fui devorada por zancudos diabólicos en paseos furtivos de madrugada. Pero, más allá de todo, lo que a mí realmente “me sacó del estadio” fue aprender a bailar champeta. “Eso que mira con ojos curiosos, señorita Elena, es el picó, un sistema de sonido capaz de derribar paredes y hacer que los corazones exploten de júbilo”, me decían. Qué fascinación. Los niños saltaban y bailaban, se movían como si sus pies tuvieran alas, mientras abuelos, cuñados y primos compartían mesa y se bebían la vida en refrescantes sorbos de cerveza Costeña; no podría ser de

otra manera. Las parejas se fundían en un solo ser y sus pulsaciones se acompañaban al ritmo del querer. En un fugaz parpadeo, todos los relojes se pararon, cerré los ojos y pude tocar la plenitud con la yema de los dedos. Allí era exactamente donde debía estar, donde quería estar.

Casi siempre terminé pensando que los imprevistos ocurren por algún motivo, algo que casi nunca llegaremos a ser capaces de razonar. Como aquella mañana de viernes en la que me despertó el dolor de cabeza por el terrible guayaibo y un mensaje inesperado. Otra de esas raras ocasiones de la vida que me convencen de que todo lo extraordinario pasa porque tiene que pasar, para que de ello aprendamos y nos atrevamos



Tierra Bomba, Bolívar.

Fuente: Archivo de Elena García Prieto

a cambiar. Por fortuna, las raras ocasiones suelen tener una banda sonora que facilita la tarea de recordarlas. Y así es como entró en escena el personaje más especial de este relato, protagonista de emocionantes encuentros y tristes despedidas, aquel que me prestó las alas y su traje de loco. Una bonita casualidad que, aún hoy, me hace sentir muy afortunada. Por cada oportunidad de volar con el sonido de la selva, una primera sonrisa y laberintos de emociones indescifrables. Porque hubo alguien que, al cruzarse en mi camino, lo decoró de música lejana, palabras extrañas y significados invisibles y mágicos. Y así, el latir del tambor me llevó hasta San Basilio de Palenque.

Hay una fabulosa canción de la banda Estrellas del Caribe que conecta con el pasado: “Hace tiempo que mi madre me dijo que vino un hombre enviado de Dios. Ese hombre que se llama Benkos Biohó”. Un hombre de sangre negra, recordado

por ser quien lideró a los cimarrones que, huyendo de esclavitud colonial, fundaron el primer pueblo libre de América: “Benkos Biohó llegó a Cartagena y en Palenque se quedó [...]”. Este lugar único en el mundo, cimentado más de doscientos años antes de que Colombia se independizara de España, es un pedazo de *mama* África. La raíz no se corta, crece en el alma del palenquero. Aquí la alegría, además de flotar en el aire y en los ritmos, se abraza a las papilas gustativas acompañada de coco y anís: “*casera, cómpreme a mí*”, gritan entonces las vendedoras de dulces. Alegría también es lo que salpica el arroyo inundado de luz y agua viva, donde los niños juegan y los viejos limpian sus vergüenzas, las mujeres lavan y entonan, los jóvenes celebran eso que canta Petrona Martínez de que, a pesar de todo, la vida vale la pena.

La música y la danza están por todos lados. El tambor avisa a los pueblos cercanos de un fallecimiento o una fiesta en San Basilio de Palenque.

El lumbalú despide una vida plena durante nueve días y sus noches, volviendo a la muerte tristemente hermosa. Tambó que marca el palpitante de esta tierra y cada uno de sus despertares. Se canta y se danza lo que se siente, y el palenquero nace sintiéndose africano. El son de negro, la puya, el son palenquero, la pava, el mapalé, el bullerengue sentado, la champeta... Prevalecerá por siempre el legado de cantadoras y tamboreros; mujeres de firme semblante y voz poderosa, como Graciela Salgado o Dolores Salinas, y sabios maestros, mecenas de la tradición de la talla de Paulino Salgado “Batata” o Rafael Cassiani. El Sexteto Tabalá, Son Palenque o las Alegres Ambulancias dejan una puerta abierta a las nuevas generaciones de prodigiosos músicos, jóvenes con un talento excepcional corriendo por sus venas.

La creatividad florece en cada esquina, se escucha desde las puertas y ventanas de cada casa, se acerca por el monte entre campos de yuca y maíz. Lo esencial está en preservar la cultura y no olvidar de donde se viene, para enseñarle al mundo entero que este es el hogar de una gran familia conocedora de su historia. Una historia que es cuidada y protegida del paso del tiempo con inquebrantable orgullo, riqueza expresiva y emoción en el arte de la música, la palabra y el baile.

Tengo una amiga que pegó a su nevera un papel con la definición de *ecuanimidad*, según Sallés (2011):

Es la cualidad que surge cuando logramos asumir las cosas tal cual son. Cuando dejamos de resistirnos o de rechazar lo inevitable y dejamos de



Mercado de Bazurto, en Cartagena, Bolívar. Fuente: Archivo de Elena García Prieto

desear aquello que no tenemos. Cuando somos capaces de aceptar la “realidad” y asumir que en todo lo que sucede actúan las leyes de la naturaleza. Siempre trato de recordar esta definición si no entiendo por qué las cosas no salen como yo quiero. Cuando busco desesperadamente una respuesta a por qué lo bueno no dura para siempre. Son las leyes de la naturaleza.

No me quedó más remedio que recurrir a la ecuanimidad al aceptar que el verdadero significado de viajar, eso intangible que lo hace realmente valioso, está en que cada trayecto tiene un principio y, aunque no lo deseamos, también un final. Y empecé a aceptar con resignación el momento de regresar, hacer la ruta inversa en un avión cargado de incertidumbres y adioses, en dirección a Madrid. Atravesar el cielo, las nubes y las franjas horarias, mirando hacia abajo, hacia la colosal sábana azul que es el mar, preguntándome si todas mis lágrimas cabrían en el océano Atlántico.

Si sabemos que el final tiene que llegar, al menos que sea un final precioso. Así tuve una emocionante, improvisada y sensacional despedida. El último viaje para sentirme poeta en tierras del Caribe colombiano.

El 25 de diciembre de 2019, vacié y cerré una casa, preparé mi equipaje sin saber muy bien a dónde llegar y me fui a la Terminal Salitre, en Bogotá. En mi equipaje llevaba la cámara analógica básica de segunda mano, una manta para sobrellevar el frío polar dentro de los buses y un cuaderno de viaje con mamoncillos pintados en la cubierta. En sus hojas iría apuntando cada detalle, sentimiento y lección aprendida. Capurganá, Sapzurro, la selva del Darién, Armila, Necoclí, Lorica, San Bernardo del Viento, la Cartagena oculta, Tierra Bomba, Curramba la bella, Ciénaga... Ciudades, pueblos y veredas, celebraciones, tradiciones y mitos. El estudiado sentido popular en la letra de cada canción. No olvidaré el rugido inmortal del picó El Tigre Turbo en Barranquilla: “Y aquíííí suenaaaaa, El Tigre

Turbo, recuerda las verbenas de ayer con esta joya musical”. Bebe, besa, baila, goza, siente, que la vida es una sola. Ritmos africanos, salsa vieja, la guitarra *champetúa*, gaitas, maracas y cueros. Aún hay quienes, embriagados de melancolía, coleccionan y comparten tesoros musicales del mundo. Kilómetros, horas, miles de preguntas por la carretera de la costa. Y ahora suena Joe Arroyo: “Barranquilla hermosa, yo te canto ahora, con gratitud y amor, del cantor al pueblo que adora, a la nobleza y sentir de su gente acogedora [...]”. Hermano, suba la música. Siga tocando. Más fiesta, más guaro, más ron, más ñeque. Se acabaron las frías. Cuerpos danzando, cuerpos vibrando. Ya amaneció y *nos chupó el diablo*. Y en cada destino improvisado lo máspreciado es su gente. Un mes sin hacer planes. Páginas y más páginas tratando de describir la felicidad, el amor y las despedidas en palabras, dibujos y fotografías. Nuevas caras y eternas sonrisas retratadas. El valor de lo inmortalizado en ese cuaderno es incalculable.

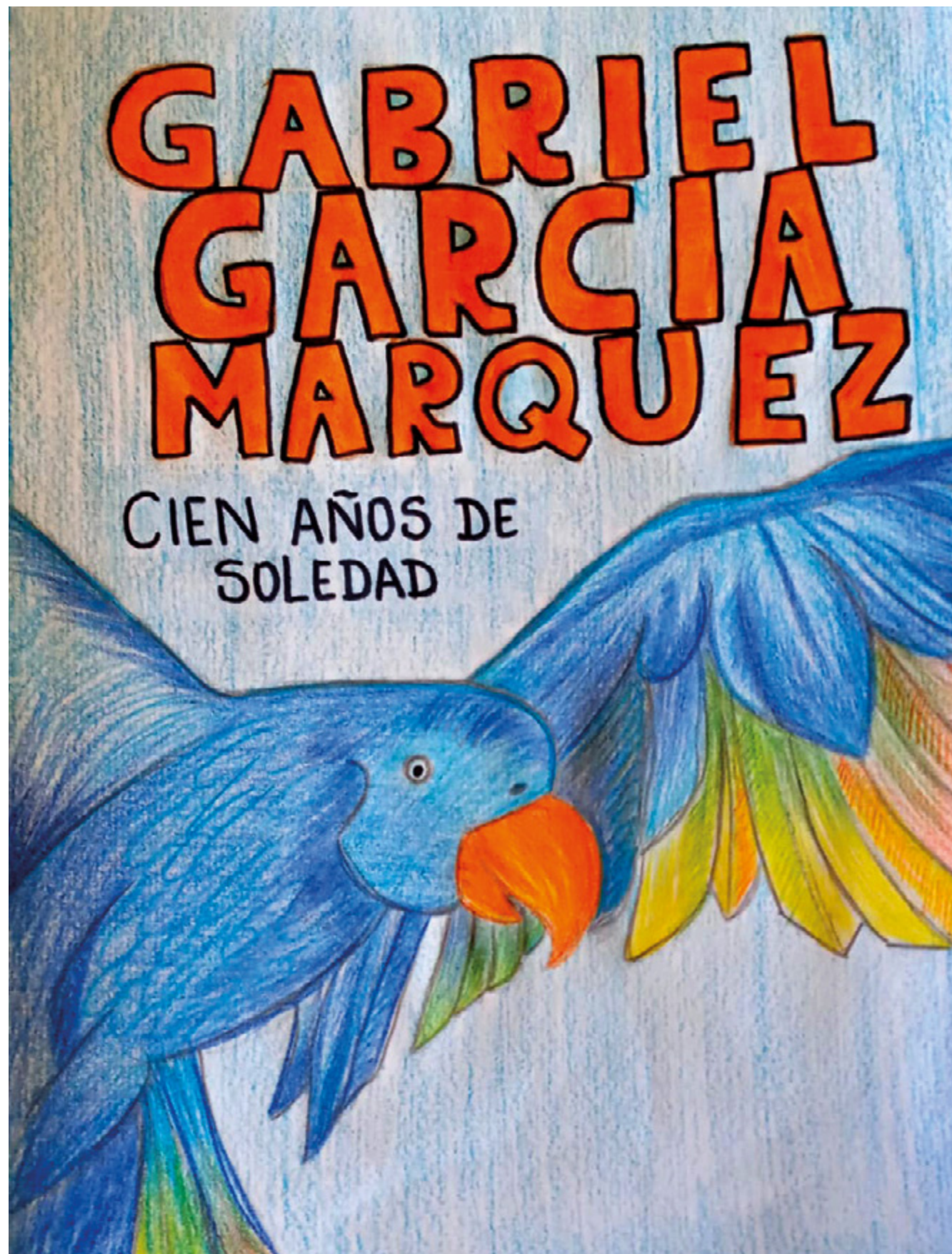
Colombia, tierra querida, ya el tiempo voló, como las hojas de los árboles en el otoño de este lado del mundo. Llegó la hora de retornar, con una maleta cargada de recuerdos, el mejor jarabe para el alma, y un amor infinito por aquella gran familia adoptiva que supo curar mis heridas. Porque al final, viajando sola descubrí que lo mejor de la vida es vivirla acompañado. Una familia que allá me espera, que acá tendrá a dónde llegar. Porque el viento me susurra y yo le susurro de vuelta al viento que inmenso será por siempre mi agradecimiento. Viajar es querer regresar.

Referencias

- De Pineda, I. (2018, marzo 11). Cuando viajar no es solo conocer nuevas tierras. *La Nación*. <https://www.lanacion.com.ar/lifestyle/cuando-viajar-no-es-solo-conocer-nuevas-tierras-nid2114830/>
- Sallés, P. (2011, octubre 21). La persona ecuanime. *Psicología a puertas abiertas*. <https://paulinasalles.wordpress.com/2011/10/21/la-persona-ecuanime/> ■■■



Tienda de vinilos, en Barranquilla, Atlántico. Fuente: Archivo de Elena García Prieto



Fuente: Leidys Robles, 14 años

Himno a la alegría de gozá

Texto: Laura Ballestas¹

Foto: Roxana Charris²

Barranquilla rueda

I

Tá, ti-ti, tá, ti-ti, tá, ti-ti, tá, pum
Tá, ti-ti, tá, ti-ti, tá, ti-ti, tá, pum...
Al margen del río Magdalena,
en los pilares de la pollera colorá,
se escucha la impetuosa tambora
y el guache empieza a retumbá.

En un casi simultaneo tiempo,
la flauta de millo suelta su melancólico pito
y la melodiosa gaita hembra
seduce a la gaita macho
a macar el compás.

El poeta del tambor llamador
abre la palma de su mano
y escribe tradición.
Pin, pin, pin, pin
Pin, pin, pin, pin...

La rueda de cumbia vuelve a iniciá,
atraídos saboreamos en las caderas
un sensual movimiento, un tambor alegre,
un nostálgico viento, un vigoroso ademan;
y en las caderas de las mujeres
se siente las maracas resoná

Qzz, chá, qzz,chá, qzz,chá,
qzz,chá, qzz, chá, qzz,chá...
En un eterno retorno
Barranquilla rueda
Barranquilla cumbia
Barranquilla repercute
Barranquilla grita
Barranquilla sociedad.

II

La poética encendida de una vela ignívoma
cubre derretida la galante mano cumbiambera,
y la cera recorre el altivo brazo
pa' encontrá la contemplación estética
en su cadera de pollera.

El lenguaje lentejuelas de sus labios puloy
sostiene en su sonrisa

1. Poeta, filósofa y magíster en Filosofía. E-mail: laura.ballestas@hotmail.com.

2. Fotógrafa y productora multimedia-audiovisual. E-mail: roxchy@gmail.com.

el sentido de la rueda,
el cansancio hecho regocijo,
la figura carnalera.

En un absurdo frenesí
Barranquilla cera
Barranquilla ignívoma
Barranquilla cíclica
Barranquilla nuestra
Barranquilla candongas.

III

¡Hueeepaaa!
Hombro encogido,
pañolón rojo anudado,
la rueda de cumbia
todavía no ha terminado.
En su sombrero el mazo de velas
resguarda la señal del cerumen
y el talón elevado
describe a un Aquile que se encorva
en eternos oníricos carnavales.
En un mundo simbólico y cultural

Barranquilla indígena
Barranquilla África
Barranquilla danza
Barranquilla conquista
Barranquilla pañolón.

Poema para una canción que nace

Alterna mar Caribe con África,
Habib Koité con Petrona Martínez
y la poesía con la música.
Tu composición es sal y sensatez,
deleite de champiñones es tu voz,
en ti la guitarra entraña embriaguez.

Sentimientos ancestrales en tu voz
traen piel identidad a tu canto,
y desde los instintos, en sensual voz,
traes lamento negro, feliz llanto.
Quiero más que al cantor al hombre:
sin don, sin inquisitivos encantos.

Si beso tus miedos no te asombres,
acompañarte y aportar mi luz
en los momentos tristes y alegres
es lo que quiero al verte trasluz.
Eres mi prisma en este pareado
por tu humanismo acariciado.

El danzar de las artes

Por medio de sus visionarios ojos
admiré congos y garabatos
garabatos, garabatos, garabatos.
Conocí el Carnaval de Barranquilla a través de ella,
fui consciente de su existencia
a través de su siempre ánimo
por vivirlo cada año.

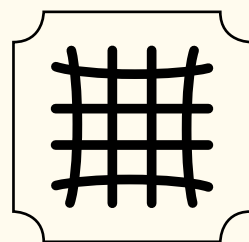
Así como el carnaval mismo
representa ella el himno a la alegría de gozá;
hay tamboras en su voz, maderas en los marcos,
danza en sus movimientos y pintura en todo
momento.
El danzar de las artes está por salir:
danza de la marimonda
danza del monocuco
danza de las negritas puloy.
¡Locura, fiesta, arte!

Disfrazada de Loca
asustaba a toda la cuadra
y a su hombre como mujer,
el poeta, su amor.
El Descabezado corría
entre María Moñito y el Indio Dorado;
todo escenario, todo ritmo, todos juntos
desorden, desorden, desorden.

El Rey Momo, la Reina,
Batalla de flores, Vía Cuarenta,
La Gran Parada
mapalé, puya, jalao, chandé,
porro, bullerengue, merecumbé, guaracha.
Triunfa la cumbia sobre la muerte.
El son recorre cada fibra de sus hijas,
al compás de maracas, millos y gaitas.
¡Locura, fiesta, arte! ■■■



Poética encendida. Fuente: Archivo de Roxana Charris



La Malla Unimagdalena

Fortalecimiento de la cultura ancestral de Taganga a través de los cómics

Texto y fotos: Matilde Bolaño García¹ y Harold Darío Pimienta Cantillo²

Introducción

El corregimiento de Taganga posee una cultura ancestral problematizada que, poco a poco, ha ido desapareciendo en el tiempo; sin embargo, muchos de estos elementos están dormidos y otros están presentes en la cultura. Se tiene concebido que es preciso saber de dónde viene, cuál es su cultura, para conocer la verdadera evolución de un pueblo indígena.

En cuanto a la educación, según observación no sistematizada, se identifica que los jóvenes de la Institución Educativa Distrital de Taganga no están comprometidos en aprender sobre cultura; por su parte, también se nota que los padres de familia comunican muy poco este tipo de enseñanzas a sus hijos, como lo hacían sus padres: es

decir, las desconocen, lo cual ocasiona que sus hijos no conozcan su historia y no quieran seguir “estancados en el pasado”.

Asimismo, este hecho provoca que las nuevas generaciones estén completamente desconcertadas, lo que tiene como consecuencia un gran olvido y alejamiento de todas aquellas tradiciones como lo son la pesca, los juegos tradicionales, las creencias, las historias de cada ancón de pesca y los relatos de los abuelos. Por otro lado, los docentes no implementan en su currículo contenido con relación a las prácticas que se tienen en la población: desconocen parcial o completamente la cultura taganguera y, como resultado, se convierte en un problema al no poder aplicar las características de esta cultura en sus aulas de clases.

Frente a lo anterior, Romo *et al.* (2016) señalan la importancia de preservar nuestra cultura y mencionan que “conservar y apoyar las iniciativas

1. Licenciada en Educación Básica, magíster en Informática Educativa y doctora en Ciencias de la Educación. Docente investigadora asociada. Universidad del Magdalena. *E-mail:* mbolano@unimagdalena.edu.co.

2. Licenciado en Informática, egresado de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* cantillo.dario@gmail.com.

culturales es vital para seguir sosteniéndose no sólo como individuos, sino para preservar nuestra identidad” (p. 4).

Por su parte, López (2018) comenta que “la cultura se conforma de un cúmulo de formas de vida y de pensar, usos y costumbres, simbolismos, creencias, estructuras e ideologías sociales, económicas, jurídicas, políticas, históricas, entre otras situaciones, que conllevan a la diversidad” (p. 109).

La cultura taganguera conserva muchos elementos identitarios de los ancestros indígenas; por lo tanto, hay que apoyar ese gran tesoro para ampliar la visión cultural, procurando que esta no quede en el olvido y que, de esta manera, pueda ser compartida con las generaciones futuras.

Añádase a esto que las tecnologías aportan mucho a la ancestralidad porque a través de estas se pueden realizar actividades, dinamizando el aprendizaje con la ayuda de herramientas de multimedia: desde compartir el conocimiento

de una historia de esta cultura usando los videos, imágenes y audio para que sea más llamativo para los estudiantes de la Institución hasta capacitar a docentes y estudiantes en un enfoque de autococimiento y reconocimiento como grupo étnico que tiene un origen indígena, con una tradición cultural que debe compartirse para preservar lo que se tiene y existe aún.

Además, es necesario tener en cuenta los cómics (también llamados *historietas*), los cuales se han convertido en un gran recurso didáctico. Al respecto, Cañizares (2014) manifiesta que son uno de los medios más expresivos de cultura, por la presencia de imágenes figurativas de manera consecutiva, representando múltiples códigos. Ante lo anterior, nos preguntamos: ¿cómo sería el uso de los cómics como recurso didáctico para preservar la cultura ancestral en la IED Taganga? Finalmente, esta situación originó la exploración de alternativas; por esta razón, se propuso implementar el uso de los cómics como recurso didáctico para preservar la cultura ancestral en la IED Taganga.



Taganga.
Fuente: Archivo de Matilde Bolaño García y Harold Darío Pimienta Cantillo



Cultura.
Fuente: Archivo de Matilde Bolaño García y Harold Darío Pimienta Cantillo

Los proyectos pedagógicos de aula

El Ministerio de Educación Nacional (MEN, 1998), citado por Pasek (2007), señala que el Proyecto Pedagógico de Aula (PPA) “constituye una estrategia de planificación de la enseñanza con un enfoque holístico, que toma en cuenta los componentes del currículo y se sustenta en las necesidades e intereses de los niños y de la escuela” (p. 352).

Adicionalmente, Hernández y Pargas (2005) señalan que:

los proyectos pedagógicos de aula, indudablemente, han sido favorables tanto en la relación docente niño(a) como en el proceso de enseñanza aprendizaje, ya que han permitido la integración y participación del niño(a). (p. 8)

Los cómics en la educación

Rosetti (como se citó en Moreno y Villavicencio, 2014) señala que el cómic es una secuencia narrativa formada por viñetas o textos que permiten representar expresiones fonéticas. De esta manera, se entiende por *cómic* o *historieta* la serie de dibujos que construyen un relato con el fin de transmitir información al lector, permiten desarrollar la imaginación y la creatividad, y fomentan el trabajo en equipo. El cómic permite dar a entender la realidad y el entorno cotidiano, desarrolla la lectoescritura de los estudiantes y, de esta manera, logra disminuir la desmotivación y apatía de los estudiantes.

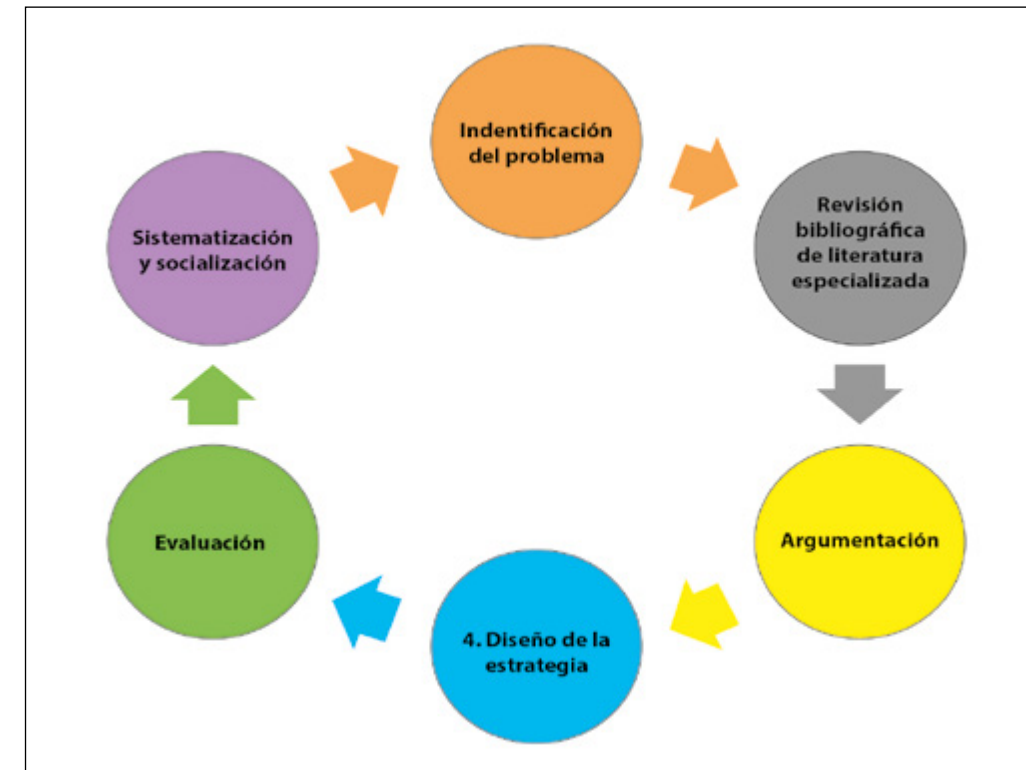
Sin embargo, Cyrne, *et al.* (como se citó en Gonçalves y Machado, 2005) convergen con Del Rey (2013) al señalar que durante mucho tiempo los cómics fueron considerados como una subliteratura perjudicial para el desarrollo intelectual de los niños por su lectura aparentemente superficial, lo que posteriormente fue rebatido por investigadores como Abrahão (1972) y Anselmo (1975), quienes aportaron que cualquier género de literatura tiene trabajos malos y

buenos; por tanto, no serían los cómics lo que haría mal a los estudiantes, sino cualquier literatura mal orientada.

la cultura se conforma de un cúmulo de formas de vida y de pensar, usos y costumbres, simbolismos, creencias, estructuras e ideologías sociales, económicas, jurídicas, políticas, históricas, entre otras situaciones, que conllevan a la diversidad. (p. 109)

La cultura es el conocimiento que posee una población, inspirada en diferentes maneras de hacer algo, de vestir, de interactuar; es la forma del vivir diario. Hoy en día existe mucha diversidad cultural en el mundo que se debe respetar, así como se deben evitar los choques entre culturas cuando se llega a un lugar nuevo.

Adicionalmente, Martínez (2008) señala que la cultura son todas las tradiciones y los significados presentes en los contextos de vida, en la relación misma con las demás personas, que permite ir aprendiendo las formas de conocer los elementos del contexto y hacerlos propios; asimismo,



Fases de la metodología.
Fuente: Elaboración propia

se va desarrollando en diferentes ambientes la capacidad de poner en práctica y llevar a cabo procesos internos de evaluación. Martínez (2006) explica que este término ha evolucionado, ofreciendo nuevas perspectivas debido al proceso de globalización en el que nos encontramos inmersos, obteniendo reflexiones y desafíos.

Luna (2013) considera que:

La cultura mantiene su propio dinamismo interno que pueden, incluso, autodefinirse mediante dichos actores que notifican de un mismo sistema de conocidos sujeto a auto inventarse de la misma forma en que se desarrollan las lenguas pidgin en un ambiente propicio. Una interesante propuesta o proceso que se lleva a cabo en esas “culturas discretas” que aparentemente desaparecen pero que solo hacen que renovarse con “sus lenguas de encuentro” para lo que les es propio y natural: seguir siendo esa red de significados, lugar de encuentro, escena de actores. Construir nuevas calles en el viejo plano de la ciudad, en el viejo teatro. Nuevos versos en esos “textos”. (p. 23)

Metodología

La experiencia pedagógica se enmarca, siguiendo los pasos de la investigación propuesta por Burge (como se citó en Parek, 2007) y del modelo de investigación, acción y reflexión propuesta por Perrenoud (2004), en lo que se debió abarcar la realidad y los saberes profesionales.

El proceso metodológico fue encaminado en seis etapas:

En la figura anterior se observan las diferentes fases metodológicas para cumplir los objetivos previstos:

Fase 1. Identificación del problema

Inicialmente, apoyados por la observación no sistemática, se evidenció pérdida de la cultura ancestral; por lo tanto, fue necesario realizar una serie de actividades basadas en los cómics (desde cuentos y leyendas que son parte de la vida de estas personas). Como explica Martínez (2008), por medio de actividades y sucesos ancestrales se contribuye a conocer los elementos del contexto y



Cultura ancestral.

Fuente: Archivo de Matilde Bolaño García y Harold Darío Pimienta Cantillo

hacerlos propios, desarrollando en diferentes ambientes la capacidad de poner en práctica y llevar a cabo procesos internos de evaluación.

Adicionalmente, se realizaron entrevistas a los jóvenes de esta comunidad, preguntándoles sobre lo que conocen del pueblo; esto evidenció un total desconocimiento y desinterés hacia la cultura del mismo. Fue a partir de lo anterior que se dio inicio a la formulación de un PPA para los grados noveno, décimo y undécimo, abarcando información sobre mitos, leyendas, historias, anécdotas de los ancestros (ver Tabla 1).

Fase 2. Revisión bibliográfica de literatura especializada

Al identificar el déficit y la pérdida de conocimientos ancestrales, se realizó una investigación científica en artículos, libros electrónicos y bibliotecas digitales, en los cuales se encontraron autores como López (2018) y Martínez (2008). Al consultar a Rosetti ([1976], citado por Moreno y Villavicencio, 2014) y a los demás autores, se organizó la información y se clasificó según lo que resultara más relevante para responder a la necesidad de recuperar la cultura ancestral.

Fase 3. Argumentación

Tras la revisión bibliográfica, con una fundamentación al respecto y basados en varios autores como Luna (2013), que resalta el dinamismo que produce la cultura, y Romo *et al.* (2016), que evidencian la importancia de dar iniciativa a las actividades que contribuyan a preservar la cultura, se procedió a diseñar la estrategia, dando respuesta al contexto y a las necesidades educativas.

Fase 4. Diseño de la estrategia

En esta fase, se diseñó la estrategia de recuperación de la cultura ancestral a través del cómic, con una duración de 12 semanas. Durante este tiempo, dicha estrategia siempre estuvo apoyada por una evaluación. Así, se tomó como referencia a Rosetti (1976), Cyrne (1977), Morrison *et al.* (2002) y Norton ([2004], citado por Gonçalves y Machado, 2005), en torno al uso del cómic en la educación, relacionándolo con la cultura ancestral explicada por López (2018) y Martínez (2008).

Fase 5. Evaluación

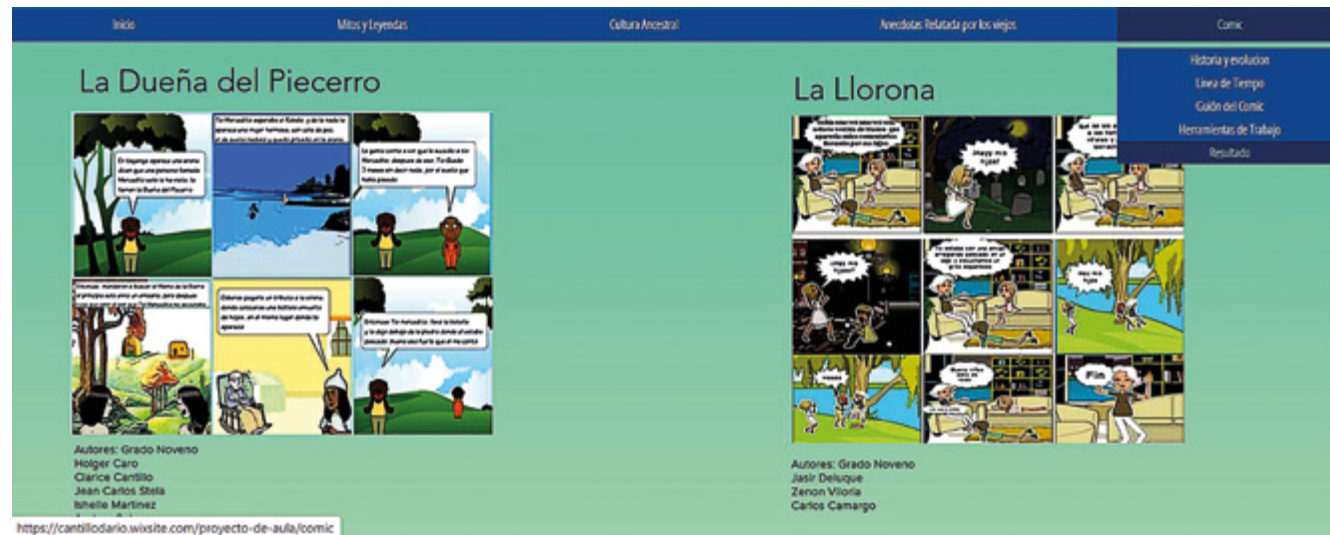
La evaluación fue constante y sistemática. Se implementó, primero, para el desarrollo de actividades programadas en el cronograma, usando

Mitos y leyendas	Anécdotas	Cultura ancestral
La Llorona	Historia del abuelo de Felipe	Matrimonio
El Hacha Nocturna	Historia de Esteban	Estructura familiar
La mala hora	Historia de Felipe	Pesca
Dueños de los ancones de pesca y ríos de Taganga	Historia de Fernando Witt	Creencias
La troja del otro mundo	Historia de Juan Romero	
El potecito	Historia personal de Felipe Cantillo	
El niño diablo	La Virgen del Rosario	
El Roncador	Pescador de 70 años	
El rezo de las ánimas		
La calilla nocturna		
La sábana santa		

Temáticas abordadas durante el proceso de proyecto pedagógico de aula (PPA). Fuente: Elaboración propia.

Actividades	Descripción	Fecha
Conocimientos previos de la cultura ancestral de Taganga	Se realizará una prueba para identificar cuáles son los conocimientos previos que tienen los estudiantes con relación a la cultura ancestral de Taganga	Primera semana
Mitos y leyendas de Taganga	En este apartado, se mostrarán cuáles son los mitos y las leyendas que hubo en Taganga durante la época de nuestros ancestros	Segunda semana
Cultura ancestral de Taganga	Lecturas y socialización sobre la pesca, el matrimonio en Taganga, las creencias religiosas y la estructura familiar	Tercera semana
Anécdotas relatadas por los ancianos	Los estudiantes deberán realizar unas lecturas sobre los relatos contados por nuestros abuelos y, luego, deberán escoger tres de estos relatos y responder unas preguntas con relación a las anécdotas	Cuarta semana
Historia de los cómics	El docente encargado explicará la historia y cómo evolucionó el cómic. Los estudiantes realizarán una línea del tiempo	Quinta semana
Los cómics como medio de comunicación	Retomando la historia del cómic, se explicará cómo este se ha convertido en un medio de comunicación, cómo transmite el mensaje y capta la atención del lector	Sexta semana
Pixlr para la edición de imágenes	Los estudiantes editarán una foto de ellos en fondo transparente; esto servirá para la edición de las imágenes que usarán en los cómics	Séptima semana
Panel principal de los aplicativos webs	Aquí se conocerán los diferentes aplicativos webs que se sugieren para crear el cómic: cómo entrar y cómo utilizarlos de manera efectiva	Octava semana
¿Cómo diseñar un cómic?	Se orientará al estudiante sobre cómo diseñar un cómic: cómo debe ser su diseño minimalista, sus personajes, el contenido, las oraciones y los efectos	Novena semana
Guion de los cómics	Aquí se comenzará a realizar un guion, teniendo en cuenta una lectura escogida por el estudiante con relación a la cultura ancestral de Taganga	Décima semana
Diseño de los cómics con relación a la cultura Taganguera	Aquí se realizarán los cómics teniendo en cuenta el guion realizado por los estudiantes	Décima primera semana
Presentación del cómic	Los estudiantes deberán presentar el cómic al docente y en las diferentes aulas de clase de la institución educativa	Décima segunda semana

Cronograma. Fuente: Elaboración propia



Evidencias consolidadas de en la página web. Fuente: Elaboración propia

mitos, leyendas, costumbres ancestrales y relatos por las personas mayores (ver Tabla 2), y, posteriormente, para evidenciar los resultados adquiridos por los estudiantes de la Institución de Taganga (de bachillerato, de grados noveno, décimo y once) y los impactos generados por el uso de este medio didáctico y atractivo de enseñanza.

Fase 6. Sistematización y socialización de los resultados

Finalmente, se sistematizaron y organizaron para identificar los resultados e impactos provocados.

Además de las temáticas, se elaboró un cronograma de actividades (Tabla 2) para mantener un orden con los contenidos propuestos, comenzando por los mitos y las leyendas: los estudiantes realizaron una obra de teatro con el fin de recrear estas historias. Por otra parte, a partir de la interacción con personas de la comunidad se pudo adquirir conocimiento sobre matrimonio, pesca, religión y algunas anécdotas de nuestros abuelos; en este orden de ideas, se evidenció la cultura ancestral que se obtiene de generación en generación.

Resultados

En el desarrollo de las diferentes actividades de diagnóstico se encontró una deficiencia de

conocimiento sobre la cultura taganguera: la mayoría de los estudiantes la desconocían, no solo a causa de sus padres o profesores, sino porque no tenían una fuente en la que pudieran encontrar información confiable. Por esto, se plasmó una actividad que consistía en realizar unas entrevistas a la comunidad con el fin de que los estudiantes desarrollaran su forma de investigar. El 70% de los estudiantes logró charlar y conocer más sobre su pueblo gracias a la sabiduría de sus abuelos, los pescadores y la casa cultural.

Con relación al conocimiento ancestral se realizó cada una de las actividades encaminadas a fortalecer la cultura ancestral de Taganga; para ello, se eligió realizar una página web (<https://cantillodario.wixsite.com/proyecto-de-aula/resultado>) con el fin de que se pudiera acceder a este contenido constantemente, que pudiera ser consultado por la comunidad educativa y que, finalmente, los estudiantes pudieran apropiarse de su cultura ancestral, así como cambiar el concepto de las palabras *indígena* y *nativo* (Figura 2).

Los resultados arrojaron gran aceptación y respuesta de los estudiantes frente a la estrategia empleada, apoyada por los cómics, en la que la docente titular jugó un papel muy importante durante el desarrollo de las 12 semanas.

Finalmente, se determinó el impacto ocasionado por el uso de los cómics en la Institución de Taganga: se dinamizaron las clases con obras de teatro, videos, imágenes y charlas, logrando que los alumnos tuvieran un aprendizaje significativo, ya que vieron estos contenidos de manera diferente a la habitual; además, los estudiantes se desarrollaron mucho en los campos de compañerismo y creatividad (al realizar los disfraces y acomodar los diálogos).

Conclusiones

A partir de las consideraciones anteriores, se puede concluir que se identificó el conocimiento previo, arrojando resultados incipientes que fueron canalizados a partir de las intervenciones de la estrategia pedagógica, apoyada por los cómics. Frente al segundo objetivo, se empleó el uso del cómic para plasmar historias en relación a la cultura ancestral de Taganga, arrojando importantes resultados, ya que es de vital importancia mantener la cultura de un pueblo, aún más cuando esta se está perdiendo por la llegada de las nuevas personas al corregimiento y por la desatención de las nuevas generaciones.

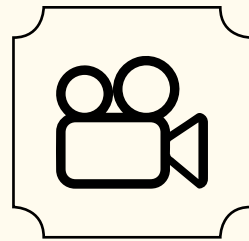
Adicionalmente, se sistematizó y se dejaron en evidencia los resultados semana tras semana; esto favoreció el proceso, puesto que los estudiantes veían sus logros, lo cual les motivaba a mejorar y a participar en grupo. El cómic permitió dinamizar los textos y las historias, constituyéndose en un importante aporte para que no queden en el olvido, lo cual resultó una manera pertinente de transmitir la cultura, brindándola de una manera distinta (ya sea por sus colores, sus animaciones); más aún, cuando son los jóvenes quienes son partícipes de este proyecto.

Por todo lo anterior, se determinó que la implementación de la estrategia apoyada por el recurso del cómic se logró debido a que se tenía un objetivo claro y definido, coincidiendo con la teoría de Gonçalves y Machado (2005, citando a Abrahão [197] y Anselmo [1975]). En efecto, cuando se realiza una estrategia con objetivos

claros los resultados podrán ser eficientes, favoreciendo la creatividad; coincidiendo con lo dicho por Alonso (2012), es una habilidad que se puede cultivar y desarrollar.

Referencias

- Alonso, M. (2012). El cómic en la clase de ELE: una propuesta didáctica. *MarcoELE: Revista de Didáctica Español Lengua Extranjera*, 14, 2-89.
- Cañizares, J. (2014). *El cómic como estrategia didáctica para mejorar los procesos de comprensión lectora en los niños del grado 5º-2 de la Institución Educativa Mercedario de San Juan de Pasto* [Tesis doctoral]. Universidad de Nariño.
- Del Rey, E. (2013). El cómic como material en el aula de E/LE: justificación de su uso y recomendaciones para una correcta explotación. *Revista Española de Lingüística Aplicada*, 26, 177-196.
- Gonçalves, R. y Machado, D. M. (2005). Cómics: investigación de conceptos y de términos paleontológicos, y uso como recurso didáctico en la educación primaria. *Enseñanza de las Ciencias*, 23(2), 263-274.
- Hernández, M. y Pargas, L. (2005). Representación social del proyecto pedagógico de aula en docentes de educación inicial. *Educere*, 9(28), 87-94.
- López, M. (2018). Narrativa transmedia e industrias culturales como diálogo social. *Razón y palabra*, 22(2), 1-3.
- Luna, R. B. (2013). El concepto de la cultura: definiciones, debates y usos sociales. *Revista de Claseshistoria*, 2(2), 2-24.
- Martínez, B. (2008). El aprendizaje de la cultura y la cultura de aprender. *Convergencia*, 15(48), 287-307.
- Martínez, F. (2006). *La cultura y sus procesos*. Ediciones Laborum.
- Pasek, E. (2007). Habilidades cognitivas básicas de investigación presentes en el desarrollo de los proyectos pedagógicos de aula. *Educere*, 11(37), 349-356.
- Perrenoud, P. (2004). *Desarrollar la práctica reflexiva en el oficio de enseñar: profesionalización y razón pedagógica* (Vol. 1). Editorial Graó.
- Romo, L. F., Mireles-Rios, R. & Hurtado, A. (2016). Cultural, media, and peer influences on body beauty perceptions of Mexican American adolescent girls. *Journal of Adolescent Research*, 31(4), 474-501. ■■■



Reseñas literarias y críticas de cine

Esquela para el coronel

Texto: Víctor Ahumada¹

Foto: Linda Esperanza Aragón²

El alma del lector es caprichosa. Muchas veces, a causa de distintas variables, puede aceptar o rechazar a un autor y su obra; otras tantas, en lugar de escoger el libro más representativo de un escritor, lo que hace es que se decanta por esos otros que no son tan referenciados. Esto último, es mi caso con Gabriel García Márquez.

Cada que se habla de García Márquez es innegable dejar de lado *Cien años de soledad*, pues semejante monstruosidad literaria, en el buen sentido de la palabra, nunca pasa desapercibida para sus millones de lectores alrededor del mundo. Sin embargo, una vez aceptada esa obra maestra del cataquero, y optando por repasar sus demás libros, uno encuentra que hay otros tan buenos como la saga de la familia Buendía. Un ejemplo de ello es *El coronel no tiene quien le escriba*.

Dicen que este entrañable y gallardo coronel nació en París (aunque yo creo que pudo haber sido antes: en *La Hojarasca* de recuerdos que revoloteaba dentro del hombre que lo escribía) mientras su autor, acosado de hambre y frío, esperaba el pago de un sueldo que le debía el periódico donde trabajaba, el cual había sido cerrado por la dictadura que imperaba durante ese momento en su país. Dicen, también, que al coronel se le dio forma noche a noche, en un cuartucho, mientras su autor sacaba, del cajón de la mesa en donde escribía, un billete para comer y bajaba a preguntar, como el coronel, si había llegado el sobre. Nada de esto sabía yo cuando la profesora de literatura que teníamos en el colegio de mi pueblo nos mandó a leer dicho libro.

La primera vez que leí la historia de este cano personaje fue, recuerdo, una tarde. Sentado en un taburete debajo de una frondosa bonga que había en el patio de mi abuela, preso del sopor propio de todos los pueblos del Caribe, sentí, página a página, todas las penas que llevaba a cuestas ese

1. Licenciado en Ciencias Sociales y diplomado en Docencia Universitaria. *E-mail:* vdahumada0411@gmail.com.

2. Comunicadora social-periodista, fotógrafa documental y especialista en Comunicación para el Desarrollo Social. *E-mail:* lindaearagonm12@gmail.com.

viejo militar: la muerte de un hijo; la preocupación por la salud de su vieja y asmática esposa; la incertidumbre de ese triunfo, depositado en un gallo, que le permitiera mitigar futuras penurias, y, sobre todo, la angustia de esperar la carta que confirmara el pago de una vieja pensión que le había prometido un Estado infame.

Desde esa vez que leí “se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con óxido de lata” (García Márquez, 1962, p. 8), nunca se me borró la imagen del coronel. Cada que puedo, siempre releo ese corto, pero grandioso libro, que me vuelve a fascinar con ese ser que “siente como si tuviera animales en las tripas” (García Márquez, 1962, p. 14) y que “no usa sombrero para no tener que quitárselo ante nadie” (García Márquez, 1962, p. 49), porque el viejo, consciente de su peso de guerrero militar, es orgulloso, pero nunca hiriente, sino todo lo contrario: un hombre honesto, recto y hasta compasivo, como lo muestra cuando se refiere a la salud de su compadre, don Sabas, o cuando se imagina que dentro de unos años el empleado del que depende su pensión también “agonizará todos los viernes esperando su jubilación (García Márquez, 1962, p. 40).

Además del personaje central de este libro, otro aspecto que le calza bien a la historia es el lenguaje. Alejado de esa experimentación primeriza, presente en *La Hojarasca*, y de ese futuro embrujo narrativo (*Cien años de soledad* o *El otoño del patriarca*), este libro ofrece, gracias a esa previa depuración que el autor ha hecho al construir las frases, un lenguaje sencillo y directo. Se nota en esos diálogos aparentemente escuetos, pero que llenan de vida a los personajes, una deliberación del autor por reflejar, a través de ese dialogismo, las características de cada ser y el contexto de espera general en que sus creaturas se desenvuelven.

En esta obra todos los personajes esperan: el coronel por su pensión y el triunfo del gallo; la mujer porque su marido se decida a vender el

animal para no morir de hambre; el médico por las buenas nuevas acerca de la situación política, etcétera. Hay momentos en los que los personajes de este libro tienen cierta semejanza con los creados por Beckett —Vladimir, Estragón y Pozzo, más exactamente— en *Esperando a Godot*. En Vladimir y Estragón podría, perfectamente, hallarse un reflejo del coronel y su esposa; y, en Pozzo, al compadre don Sabas.

Puede que lo que se haya dicho aquí no obedezca más que a simples conjeturas de lector. Tampoco faltará quien diga que es un exabrupto preferir este libro por encima de la saga de los Buendía. Sin embargo, nadie sabe a fin de cuentas qué motivos nos impulsan a sentir afinidad hacia un libro u otro. Lo que sí creo sospechar es que cuando se lee *El coronel no tiene quien le escriba* se tiene la sensación de que en cada uno de nosotros hay algo de ese personaje. Porque, como escribiera estupendamente el crítico Hernando Téllez,

el Coronel no es un muñeco con reflejos previsibles, sino una criatura indescifrable que lleva consigo su carga de tedio y su secreto interior. Ello puede parecer poco pero es todo. Es una totalidad humana, puesto que una totalidad humana es simplemente una criatura frente al destino. El Coronel espera una carta, como otros esperan una mujer, un amor, un reino, una palabra. Como otros esperan a Dios [...]. El Coronel de García Márquez es tan humildemente trágico como cualquier otro ser humano, no importa la cómica insignificancia con que a ojos extraños pueda aparecer el objeto de su esperanza. De una carta se puede vivir y morir, como se vive y se muere por motivos aparentes más significativos e importantes. (Téllez, 2016, pp. 410-411)

Referencias

- García Márquez, G. (1962). *El coronel no tiene quien le escriba*. Ediciones Debolsillo.
- Téllez, H. (2016). *Crítica Literaria III*. Ediciones Instituto Caro y Cuervo. ■■■



El coronel caminante. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón

Volver a mirar el Caribe: *El buen verdugo* y otras ficciones regionales

Texto: Álvaro Serje Tuirán¹

Ilustración: Joyce Cervantes Obregón²

En 1992, una prestigiosa universidad barranquillera fue el centro de un crimen macabro que escandalizó al Caribe colombiano. Un grupo de trabajadores de la entidad educativa había asesinado a sangre fría a decenas de indigentes para poder proveer cadáveres y órganos a la facultad de medicina. Un plan tan escabroso que parece sacado de la más descabellada película de terror. Casi 30 años después, el director barranquillero Iván Wild se inspiró en este caso para contar la historia de *El buen verdugo*, un *thriller* tropical que sigue a la fiscal Natalia Mendoza en su intento de resolver el caso.

Esta producción, financiada por la desaparecida Autoridad Nacional de Televisión, fue emitida en el canal Telecaribe y otros canales regionales

durante 2018. Hoy, vale la pena revisarla, junto a otros proyectos de la televisión pública del Caribe, para reconocer allí nuevas maneras de concebir y relatar audiovisualmente la región. Nuevas formas de explorar el Caribe colombiano a través de las imágenes y los relatos de ficción que aparecen en nuestra televisión.

Oscuridad tropical

El buen verdugo fue la segunda serie de ficción dirigida por Iván Wild, conocido por su anterior proyecto televisivo *Antes de la fiesta* y el largometraje *Edificio Royal*. Son cuatro intensos capítulos, de unos 25 minutos, rodados entre Santa Marta y Barranquilla. Fue una producción de Wild Movies con el apoyo de la Universidad del Magdalena y otras casas productoras de la región. Esta serie intenta reconstruir, en clave de ficción, los escabrosos hechos ocurridos en el 92 y la investigación que logró encontrar a los culpables del escabroso crimen. La protagonista del



Fuente: Diala del Castillo, 10 años

1. Director y productor de cine y vídeo documental. *E-mail:* alserjedocs@gmail.com.

2. Artista plástica, streetartist, ilustradora y afrofeminista. *E-mail:* joycecervantesobregon@gmail.com.

proyecto es la actriz caleña Patricia Tamayo, que interpreta a la fiscal Mendoza, una investigadora aguerrida e incorruptible que pasa por una profunda crisis personal, la cual parece complicarse con cada descubrimiento del horrendo hecho.

La serie usa como escenario los callejones oscuros de Barranquilla, las calles sin pavimentar, las “paredillas” por donde nadie cruza porque es peligroso. Es decir, esa otra urbe al margen de la ciudad carnalera y colorida que estamos acostumbrados a ver en televisión. Aquí no hay *bacanería*, no hay folclor, no hay costeños chéveres y dicharacheros; la historia se aleja conscientemente de eso porque responde a otros intereses, otras búsquedas, otros universos narrativos más cercanos al cine negro o a la serie policial.

La decisión de usar a Patricia Tamayo como protagonista deja ver también una apuesta en ese sentido. En una región donde abundan comportamientos machistas y conservadores, resulta valioso poner un personaje femenino fuerte y complejo en el centro del relato. La honestidad en la interpretación de Tamayo le da al personaje el equilibrio necesario entre la fragilidad y la fuerza para hacerlo creíble ante la hostilidad del universo que habita. Este tipo de decisión ya la habíamos visto previamente en *Antes de la fiesta*, serie dirigida también por Iván Wild y que fue protagonizada por la actriz Paula Castaño, que da vida a una periodista investigadora que, trabajando para un medio local, se ve obligada a desafiar al poder de turno. Dos personajes protagónicos sólidos que deben enfrentar complicados misterios, así como sus propios demonios y las convenciones de un entorno sexista y excluyente. Ambas actrices, especialmente Tamayo, logran dar forma a personajes ricos e inquietantes, que recuerdan el espíritu de series policiales como *The Killing* o *The Fall*, claros referentes en la creación de estos proyectos.

Ficciones y regiones

El buen verdugo es un buen producto de la televisión pública colombiana. Un esfuerzo valioso

ante la necesidad de contar el país desde las regiones. Hasta hace muy poco, Colombia había sido contada desde el centro, la mirada bogotana era la que daba forma a lo regional y esto se concebía siempre desde un lugar *exotizante* o caricaturesco. Esta mirada centralista se percibe con mucha fuerza en el caso de la producción de ficción, ya que mientras los canales privados nacionales tienen en las novelas una de sus principales apuestas, en las televisoras regionales la ficción apenas aparecía, probablemente debido a los elevados costos de la producción o a la falta de experiencia del personal técnico y artístico. Esto había construido una televisión regional con una tradición audiovisual más ligada al documental, dejando poco o ningún espacio para productos argumentales como seriados o telenovelas locales. La demanda por este tipo de productos se suple entonces desde el centro; es decir, por décadas, en las regiones nos acostumbramos a consumir solo la ficción producida desde Bogotá, acomodándonos o resignándonos a la mirada que desde el altiplano se le daba al resto del país.

Recientemente, el interés de los canales nacionales por contar las historias de los ídolos de la música y la cultura popular local ha logrado dar un nuevo impulso a las historias de la periferia nacional. El éxito de series nacionales como *Diomedes: El Cacique de La Junta* o *Joe: La leyenda* abrió la puerta para que el canal regional se arriesgara a desarrollar proyectos afianzados en las figuras de la cultura popular. El primer gran ejemplo de este experimento fue *Déjala morir*, que relata la historia de la Niña Emilia. Este proyecto fue un caso de éxito con el público y los anunciantes, lo cual revivió el interés de los canales públicos en la producción argumental. Este interés, acompañado del espaldarazo económico que dio en su momento la ANTV —y, hoy, el Fondo Único de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (FUTIC)— a la producción de ficción, ha permitido que la televisión pública regional comience a contar cada vez más historias en el formato de serie argumental.



El otro Caribe.

Fuente: Archivo de Joyce Cervantes Obregón

Estas nuevas posibilidades permiten a la televisión pública regional la consolidación de una narrativa de país más incluyente, opuesta a la que se concibe desde la capital. En la ficción regional está empezando a aparecer un país diverso, polifónico, multicultural, donde cada región comienza a ser dueña de su propio relato. La ficción tiene un lugar privilegiado en esta construcción, ya que se siente mucho más cercana a la gente, se vuelve fácilmente tema de conversación y conecta mejor con el espectador desprevenido. No es lo mismo sentarse a ver “la novela de las ocho” que un nuevo documental sobre música tradicional. La ficción toma al espectador por sorpresa y funciona en códigos que la audiencia reconoce y asimila con facilidad; eso la hace clave en la construcción de estas nuevas narrativas nacionales y en la manera en que el público se vincula y se reconoce en ellas.

Otro Caribe

Otro aspecto para destacar de *El buen verdugo* y otros títulos recientes es que se alejan de esa mirada folclórica desde la cual se acostumbra a contar el Caribe. Una mirada presente en las mencionadas *Déjala morir* y *Anibal “Sensación” Velásquez*, pero que ya no aparece en la serie de Wild. En ese sentido, este proyecto nos deja claro que en esta tierra no todo es música y costumbrismo. Que existe un Caribe urbano, contemporáneo, lleno de historias que todavía no se han contado. Un Caribe que ha reinventado ese folclor y que se ha abierto a tradiciones más modernas. Una región que ya pide ser contada desde otras miradas. Miradas que se nutren, por ejemplo, de la novela negra, de la serie norteamericana, del cine contemporáneo, de la *sitcom*, de las culturas juveniles y la narrativa transmedia.

Esa mirada a un Caribe más urbano y diverso ha comenzado a verse en series como *Pescaito*, *Tres Golpes* o *Breicok*. En las dos primeras, se le apuesta a la vieja fórmula del *teen drama* con acento local. Ambos seriados acompañan a un grupo de jóvenes de los barrios populares de Santa Marta y Cartagena, respectivamente, mientras

exploran sus talentos y aprenden de la vida. En el primer caso, *Pescaito*, dirigida por Yuldor Gutiérrez, el epicentro del relato es el popular barrio samario y la vida de los chicos gira en torno al fútbol y al colegio. Por otro lado, en *Tres golpes*, de Andrés Lozano, las aventuras de los protagonistas están centradas en la música y el baile.

Estas dos series están lejos de ser perfectas, pero se sienten refrescantes y hacen un gran esfuerzo por lograr un retrato incluyente y real de la juventud del Caribe colombiano. Un retrato que se conecta con expresiones populares como la champeta y el fútbol, así como con conflictos reales y honestos como las pandillas, el aborto y los dramas familiares. Se trata, una vez más, de proyectos que le apuestan a mostrar un Caribe que no está necesariamente mediado por el folclor y las expresiones más tradicionales de la cultura de la región. En estos dos casos, resulta valioso también que los relatos no tengan como escenario principal a Barranquilla o los sectores más reconocidos de Cartagena o Santa Marta. Darles pantalla a los barrios populares de las ciudades del Caribe es también otra manera de ampliar el espectro de la televisión regional hacia una concepción más diversa e incluyente.

El intento de abrir la ficción regional hacia otras narrativas no siempre tiene buenos resultados. Tal es el caso de *Breicok*, dirigida por Jaime Segura y estrenada en Telecaribe en 2019. Se trata de una historia de suspenso que gira en torno a una serie de crímenes ocurridos en el marco de la convención anual de una empresa farmacéutica. Este proyecto es una coproducción entre varios países, lo que seguramente lo obligó a buscar un tono más internacional y apostarles a referentes importados. Sin embargo, el proyecto parece perderse en ese intento de apelar a un público más amplio. La apuesta resulta llena de lugares comunes, donde no se distingue un sello propio ni el intento de encontrar un Caribe para ser narrado. A pesar de que en los diálogos se menciona a Barranquilla, la historia parece ocurrir en una urbe que se siente irreal e impostada. *Breicok*

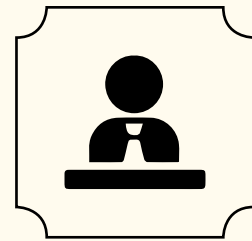
intenta incluir elementos de otras narrativas y otras formas televisivas, pero su apuesta es tan amplia y su historia tiene tan pocas bases que, al final, parece apuntar en muchos sentidos sin llegar a concretar nada.

Puntos de equilibrio

Sin duda, la clave de esta búsqueda es poder producir un contenido con arraigo y sabor local, pero que logre conectar con las formas narrativas y audiencias de otras partes del país y el mundo. La búsqueda de una narrativa propia del Caribe colombiano es un camino largo. Solo el tiempo y la experiencia nos enseñarán qué funciona y qué no. Sin embargo, es necesario aprender de los errores para no repetirlos y entender que la producción local, especialmente la televisión pública, debe hallar un punto de equilibrio entre su función social como generadora de identidad y las lógicas del mercado.

No se trata de poner a competir unos contenidos con otros, ni de establecer juicios de valor o pertinencia, pero sí es importante entender que el Caribe es un lugar diverso y esa diversidad incluye visiones más contemporáneas. Así que, si se quiere pensar y narrar la región, hay que abrir espacio para toda la paleta de colores, para todos los matices, no solo los tonos festivos y brillantes. Esos otros colores del Caribe, esos tonos más oscuros, esos relatos que a veces silenciamos con el ruido del tambor, también hacen parte de nuestra historia y de lo que somos. Algunos de esos relatos alcanzan a emerger tímidamente en los pasillos de las universidades o en la producción más joven. Sin embargo, la consolidación de una narrativa audiovisual local, con una mirada propia y valor identitario es un camino largo, complejo y cambiante, donde a veces no habrá respuestas correctas. Un camino difícil, pero que, afortunadamente, ya hemos comenzado a recorrer. ■■■

Otro Caribe



Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social

“Los niños del Caribe pintaron a Gabo” en su mágico mundo macondiano

Texto: Beatriz Gómez Zabaleta¹

Las mariposas amarillas del universo macondiano de Gabriel García Márquez revolotearon en las mentes y los pensamientos de los niños del norte colombiano, llevándolos a recrear, a través de su creatividad, escenas de muchas de sus obras y cuentos, aquellos que lo hicieron acreedor del Nobel de Literatura. Todo esto, como parte de una iniciativa que lideró la Universidad del Magdalena, con el propósito de continuar avanzando muy a pesar de la pandemia que atraviesa el mundo por el COVID-19 y con el ánimo de promover la reflexión e interpretación de las obras del reconocido escritor mediante la apertura del concurso de pintura virtual “Los niños del Caribe pintan a Gabo”, como herramienta clave para sus procesos de formación educativa, a través de las artes y la cultura.

La *alma mater* le ha apostado a la implementación de planes, programas y proyectos con el fin de crear espacios de formación participativos e incluyentes; en esta oportunidad, por medio de los ejes de cultura y arte a través de la virtualidad: producto de ello es el concurso de pintura, un nuevo escenario para el despliegue de la creatividad infantil y juvenil. Esta iniciativa sociocultural cuenta con el apoyo de la Editorial Unimagdalena en todo el proceso.

Concurso

El mundo entero y nuestro país se encuentran enfrentando una emergencia sanitaria por causa del COVID-19, que nos ha llevado a reinventarnos para poder seguir avanzando y, sobre todo, a diseñar espacios que permitan el desarrollo integral del ser humano bajo los nuevos parámetros de esta realidad, que ha convertido

1. Comunicadora social-periodista y especialista en Gerencia Integral de la Calidad. *E-mail:* bgomezz@unimagdalena.edu.co

nuestros hogares en oficinas, colegios, centros de recreación... todo lo que anteriormente se hacía en distintos lugares, hoy se limita a los espacios de nuestras viviendas, porque todo continúa, pero bajo otras medidas y estrategias.

Teniendo en cuenta lo anterior, esta casa de estudios superiores continúa avanzando en este escenario, aún más cuando se trata de los niños y jóvenes de nuestro departamento y nuestra región Caribe; por ello, se diseñó este concurso de pintura: para que desarrollaran su creatividad desde la calidez de sus hogares en compañía de sus padres y de su familia.

Básicamente, el concurso de pintura virtual fue dirigido a niños y jóvenes, de toda la región Caribe colombiana, entre los 4 y los 14 años de edad. Los participantes solo debían escoger un fragmento y/o unas líneas de un cuento u obra literaria de nuestro recordado nobel de literatura Gabriel García Márquez y plasmarlo en un trabajo artístico cuya técnica era libre, pudiendo seleccionar dibujos o pinturas; además, el material donde fueran a realizar su trabajo también era de su preferencia y disponibilidad. Fue así como los infantes emprendieron un viaje por la lectura macondiana y dejaron volar su imaginación.

Cabe anotar que esta iniciativa sociocultural recibió acompañamiento y un apoyo fundamental e irrestricto de un gran equipo que siempre está dispuesto a sumarse a través del mundo de la literatura: la Editorial Unimagdalena que, con su director el doctor Jorge Elías Caro, hizo parte de nuestro jurado para la selección de los trabajos ganadores, en compañía de Wilmer Martínez Manotas, licenciado en Artes Plásticas y coordinador del Museo de Arte de la Universidad del Magdalena.

Desde que abrió su convocatoria, el concurso recibió cada día trabajos de los niños, alcanzando un total de 73 trabajos, entre dibujos y pinturas,

realizados por niños de distintos municipios de la región Caribe: de Pueblo Viejo, del Banco, de Algarrobo, de Maicao (en el departamento de la Guajira), del departamento de Córdoba, entre otros. Aunque en esta versión tuvimos una participación que trascendió las fronteras de nuestro país, a través de un estudiante del programa de Antropología, de nuestra *alma mater*, Alan Contreras Mejía, quien por causa de la pandemia pudo hacer readmisión y seguir cursando sus semestres académicos, y quien se desempeña como docente en Perú, en la institución educativa Veen Euler, de la ciudad de Arequipa.

La premiación se llevó a cabo de manera virtual. Después de un arduo trabajo de selección, los jurados determinaron, teniendo como base creatividad e interpretación, los siguientes tres primeros lugares: en primer lugar, el niño Emanuel Obregón, del municipio del Banco, Magdalena, con 6 años de edad, de primer grado del Colegio Santa Teresa de Jesús, cuyo óleo corresponde a la obra *Cien años de soledad*; en segundo lugar, el joven Joe Antony Palencia Clavijo, de 16 años de edad, de grado 11 del Colegio José Benito Barros Palomino, del municipio del Banco, Magdalena, y su obra *Crónica de una muerte anunciada*. Y, en tercer lugar, la niña participante internacional de nuestro país vecino, Perú, Azumi Yana, con 7 años de edad, estudiante del colegio I.E. Veen Euler, de la ciudad de Arequipa, y su trabajo de *Cien años de soledad*.

Así mismo, se hizo entrega de menciones honoríficas, por mayor número de niños participantes en el concurso, a la Institución Educativa Departamental de Algarrobo y a la Fundación Ciudadanos de Paz (Funcipaz), en Santa Marta.

De esta manera, el mágico mundo macondiano fue el protagonista y la musa de inspiración de estos creativos y talentosos niños y jóvenes artistas de nuestra región Caribe colombiana. ■■■



Fuente: Archivo de Emanuel Obregón, 6 años



Fuente: Archivo de Azumny Mayara Yana, 8 años



Fuente: Archivo de Joe Palencia, 16 años



Fuente: Daniel Fuentes, 6 años

Murúnmuke, espacio de diálogo con el territorio y la montaña

Texto: Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social¹

Para la Universidad del Magdalena, la pandemia ha sido un escenario de fortaleza, resiliencia y, sobre todo, de nuevas oportunidades para impactar positivamente a la comunidad universitaria y al territorio; de allí que una iniciativa inimaginable e imposible de materializar para muchos, hoy sea una gran realidad. Se trata del Campus UNIMAGDALENA Sede Digital Murúnmuke, “espacio de diálogo con el territorio y la montaña”: un proyecto para llevar energía solar y conectividad al territorio del resguardo Kogui-Malayo-Arhuaco, de la Sierra Nevada de Santa Marta, para que un grupo de estudiantes de diferentes comunidades asentadas allí pueda desarrollar sus contenidos académicos de manera virtual. A través del liderazgo del doctor

Pablo Vera Salazar, rector de la Universidad del Magdalena, la Institución puso en marcha la logística necesaria para estructurar la Sede Digital Murúnmuke, con la dotación requerida para responder a las necesidades de los estudiantes, de los padres de familia y de la comunidad en general. De esa forma, se facilita el acceso a una educación superior de calidad con un compromiso desde la innovación, la interculturalidad y el territorio.

“Murunmuke es un territorio que hace parte del Resguardo Kogui Malayo Arhuaco, ubicado sobre la cuenca del río Don Diego, en la cara noroccidental de la Sierra Nevada de Santa Marta; allí se han organizado 6 grupos familiares, conformados por alrededor de 300 personas, la mayoría jóvenes, durante los últimos 8 años, para establecer líneas de acción que permitan mejorar la calidad de vida, siendo una de las líneas transversales la formación integral e intercultural. Para

1. Texto reelaborado por Carolina Rueda Quinto, psicóloga y especialista en Derechos Humanos. E-mail: carolinarueda@unimagdalena.edu.co.



Sierra Nevada de Santa Marta. Fuente: Archivo de Editorial Unimagdalena

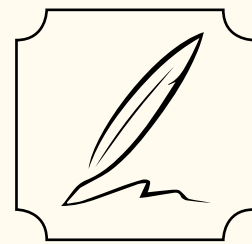
el segundo semestre del año 2020, se estructuró el Proyecto de la Casa Tradicional Educativa de Murúnmuke para avanzar en el diálogo intercultural y atender la emergencia de la pandemia, que dejó a muchos estudiantes indígenas sin posibilidades de seguir estudiando, sobre todo aquellos que han tenido que desplazarse hasta la ciudad para entrar a la educación superior”, manifestó el doctor John Taborda, vicerrector de Extensión y Proyección Social.

En el desarrollo de este proyecto se tocaron muchas puertas para aunar esfuerzos y alianzas; muchos amigos se unieron y aportaron a este sueño. Entre los amigos la Universidad del Magdalena, en cabeza del rector Pablo Vera Salazar y del vicerrector de extensión social John Taborda, junto con Daboon y Ensolarte, se logró consolidar la sede digital Murunmuke, con 2 paneles solares, internet satelital, 6 portátiles, mobiliario, material educativo y fluido eléctrico, con lo cual dimos apertura a este reto de las clases virtuales.

Con este tipo de alianzas, la Vicerrectoría de Extensión y Proyección Social siembra espacios de apertura hacia el campus universitario como territorio digital, que se expande a lo largo de la geografía nacional, siguiendo el objeto misional de nuestra institución, desde los criterios de calidad académica, innovación, investigación y desarrollo, creación artística y cultural, sostenibilidad social y ambiental, diversidad e inclusión.



El doctor Pablo Vera Salazar, rector de Unimagdalena; y el doctor John Taborda, vicerrector de Extensión y Proyección Social, en la organización de la Sede Digital Murúnmuke. Fuente: Archivo de Prensa Unimagdalena.



Narrativa Unimagdalena

Los cuentos del Taller de Escritura Creativa

Cuentos producidos en el taller de cuentos realizado entre el 12 y el 22 de noviembre de 2020

El taller, nuevamente dirigido a profesores, funcionarios, contratistas, egresados y pensionados de la Universidad del Magdalena, contó con una nutrida inscripción, cifra de la que finalmente se seleccionaron veinticinco participantes para efectuar el taller, programado para cinco sesiones de cuatro horas cada una.

El taller, adscrito al Programa Editorial y auspiciado por la Vicerrectoría de Investigación, arrojó como producto final y feliz 22 relatos, entre microficciones, minicuentos y cuentos; el mayor número de textos de todos los talleres realizados hasta la fecha.

Estos trabajos fueron seleccionados luego de que sus autores surtieran las fases de presentación de temas y bosquejo de cuentos, escribirían al menos un cuento y tomaran en cuenta las observaciones del director del taller y de los propios talleristas, en jornadas caracterizadas por el aprendizaje compartido.

Algunos participantes alcanzaron incluso a escribir dos o más cuentos. La selección presentada aquí, en este número de *Atarraya*, está caracterizada por la diversidad temática, de tratamientos y poéticas particulares. Las expresiones abarcan las variantes de los relatos fantásticos, de terror, de anticipación y realistas.

El taller, el número elevado de participantes y los productos obtenidos demuestran que el cuento vive: entre jóvenes de la región y vinculados a la Universidad del Magdalena, cuenta con ofi- ciantes que producirán, en pocos años, textos que enriquecerán la tradición del género en departamento y la región.

Quizá valga reflexionar sobre la conveniencia de institucionalizar un taller especializado en el cuento, una de las solicitudes reiteradas de los participantes.

Queda resaltar el empeño que la Universidad pone en la generación de este tipo de espacios formativos en beneficio de un género que se caracteriza por su alta exigencia formal.

Garra.
Fuente: Ilustración de
Leonardo Cotes



Madrugada

de bebé que palpitaba en mi sien como jaqueca de resaca, me tomó unos segundos entender que era mi bebé la que lloraba. Tambaleé hasta la puerta y, al entrar en su cuarto, la pude ver en la cuna; sollozaba. La tomé en brazos y la arrullé buscando calmarla. No sé por qué vino a mi memoria la carta.

La había encontrado semanas atrás, entre las cajas de mi marido, amontonadas en el cuarto del san Alejo. Desde entonces, el episodio se repetía cada madrugada, pero esta vez todo estuvo claro para mí. Me atormentaba la culpa, trasgredí la intimidad de mi marido abriendo un portal a ese

Texto: Mayra Cotes¹

Ilustración: Leonardo Cotes²

Desperté nuevamente a la misma hora, sudorosa. Me senté de golpe al borde de la cama, mientras lograba superar el mareo de lo imprevisible. Interrumpido mi sueño por el opaco llanto

1. Bióloga de la Universidad del Magdalena y magíster en Ciencias Ambientales. *E-mail:* cotesmayra5@gmail.com.

2. Ingeniero civil y dibujante aficionado. *E-mail:* leonardocotes@hotmail.com.

pasado que él había querido dejar atrás. Más allá del temor hacia lo prohibido, de la hormigueante sensación de meter mis narices donde no debía, era claro que al desanudar el encaje negro que ataba la misiva yo había traspasado las fronteras de lo explicable.

Aterrada por lo que sabía que ocurriría a continuación, pero sintiéndome incapaz de dejar a mi bebé desconsolada a su suerte, salí con ella en brazos, pensando que por esta ocasión el destino me permitiría salir bien librada de la situación. Di un paso fuera de la habitación para encontrarme con que estaba entrando en ella.

En su interior, mi esposo carga a mi bebé y yo, que creo sostenerla, veo a la criatura en sus brazos y entro en pánico al desconocer qué llevo entre los míos entonces. Lentamente, bajo la mirada. Un ave rapaz está en lugar de mi bebé. Lanza un zarpazo a mi cuello y huye. Muero cada noche desangrada.

Grito, salgo por fin de mi pesadilla.

“¿Otra vez el mismo sueño, María Teresa?” me pregunta resignado. Al igual que yo, lleva dos semanas sin dormir bien. A él no lo atormentan las pesadillas como a mí. Pero cada madrugada, al despertarme aterrada, lo veo de pie frente a la ventana abierta de nuestra habitación, repeliendo el aire del cigarrillo hacia el patio, remplazando las palabras que no me dice por bocanadas de humo. Ha vuelto a fumar después de años de haberlo dejado. Todo parece coincidir: encontrar esa carta, sentirme culpable por hurgar sus cosas, la aparición de ese horrible sueño, su insomnio, el cigarrillo y su distanciamiento.

—¿Qué te está pasando? Llevas dos semanas dando gritos a la misma hora.

Lo miro, sin responderle nada. Voy a cerciorarme de que mi bebé está bien y solo al tener esa tranquilidad regreso y continúo la conversación.

—Yo leí tu carta. Sé lo reservado que eres con tus cosas, pero la curiosidad fue más fuerte. Y leí tu carta.

—¿De qué demonios estás hablando?, ¿cuál carta?

—La que te escribió Estrella desde Argentina. Desde ese día llegaron las pesadillas. Ella estaba enamorada de ti y tú ni siquiera leíste su carta. Perdóname por revisar tus cosas, pero me llamó mucho la atención; estaba atada con un liguero negro. Ella nos maldijo, tú la abandonaste y ella no te superó. Nos maldijo, Fabricio, nos maldijo.

—Mira, María Teresa, en primer lugar, ¿tú qué carajo tenías que estar hurgando en mis cosas?

—Quería despejar la casa, tienes todo atiborrado de documentos que nunca lees...

—No me interrumpas. En segundo lugar, yo no abandoné a nadie: ella sabía que yo estaría en Argentina mientras duraban mis estudios, ella sola se empelucó con que volvería, yo se lo dejé muy claro desde el principio. Y, en tercer lugar, ¿cuál maldición? Déjate de supersticiones. Si ella me amaba tanto, pues no me haría daño; del amor no salen maldiciones.

Al principio estaba enojado. La falta de sueño, junto a otras tangibles preocupaciones, me tenían irascible. Pero, al obsérvala así, aterrada, con sus rasgos desfigurados por el insomnio, convencida de haber desatado un maleficio, entendí que esta sería una madrugada de confesiones.

Mi relación con María Teresa funcionaba así. A mí me gustaba tener el control y ella necesitaba que le dijera qué hacer. Hubiese podido dar fin a la discusión con un “no es tu asunto” o desmeritando sus emociones con un “estás loca, no se hable más del tema”. Sabía que ella no discutiría mis

órdenes y, si algo la atormentaba, lo seguiría haciendo en silencio. Y es que conociéndola como la conocía, María Teresa sería capaz de amordazar sus pesadillas para no contrariarme. Pero, siendo atormentado por mis propios demonios y regurgitándome el pasado a los mismos fantasmas que juré dejar atrás, sentí empatía por sus miedos y me dispuse a desmadejar los acontecimientos, en un acto de autocompasión, al entender que era mi pánico el que se reflectaba en su mirada.

—Prepararé café, trae la carta.

Santo Tomé, diciembre de 1994

Te escribo ahogada en llanto, trabucada por tu silencio. Han pasado varios meses desde que te fuiste y no recibes mis llamadas; por eso te escribo esta carta. La anudé con el liguerie que me regalaste esa noche, ese mismo que retiraste de mi pierna a mordiscos antes de amarme...

... No he tenido paz desde que te fuiste, me tenés loca, me chamullaste el oído, y ahora, ¿dónde quedaron esas horas de poesía en las que te mostré a Benedetti? No recuerdas las tardes de películas de Subiela en las que nos volvíamos los protagonistas de nuestro propio filme y no conseguíamos llegar al final sin terminar cogiendo como salvajes.

Y esa madrugada en la que a hurtadillas me sacaste del instituto... aguardé en tu habitación hasta que pensamos que nadie nos vería salir, aprovechando cada minuto de espera para volver a refundirnos el uno en el otro. Sin embargo, al creer que habíamos burlado todas las barreras de seguridad del lugar, nos lo encontramos a él, salió de la nada. Fue aterrador ese encuentro con Pájaro. Yo sabía el quilombo en el que me metía, pero aun así no me importó... yo estaba feliz de estar con vos. Fue nuestra primera vez. Y no quiero pensar que esas otras veces fueron tus parciales despedidas, mientras yo me pasaba de idiota pensando que te enamorabas cada vez más de mí.

No he tenido paz desde que te fuiste, ¿sabes? Y como ya entendí que no volverás, con la misma pasión que te amo te conjuro al infierno de mis noches, que no tengas paz como tampoco la tengo yo, que no te encuentre la madrugada nunca más en reposo, como a mí.

Perdóname, mi amado, es solo que te extraño, que quiero volver a tenerte entre mis brazos. Yo sé que podemos hacer una vida juntos. Hablé con papá, le dije que te consiguiera dónde laburar acá, que te consiguiera algo en el instituto. ¿Sabés qué se inventó? Me dijo que ya te lo había propuesto, que justo antes de que te fueras no soportó mi tristeza y te ofreció un trabajo acá, me dijo que tú declinaste su oferta. Yo sé que me miente, yo sé que me lo dice para que te olvide. Pero, si no es acá, yo puedo buscar algo en Colombia... no más es que me digás que sí y yo tomo el primer avión a Bogotá.

Los pibes del boliche preguntan por ti todo el tiempo. Yo les digo que volverás, que estás arreglando tus cosas en Colombia para regresar y casarnos. Ellos me miran enternecidos, creen que no es cierto... pero, ¿qué saben ellos de nuestro amor? ¿Qué saben ellos de esta conexión única que tenemos? Yo sé que volveremos a estar juntos, yo lo sé.

Siempre tuya,

Estrella.

Mientras María Teresa lee y habla de mi primera vez con Estrella, yo pienso en el terror que fue encontrarnos con Pájaro; ninguna otra sensación de ese día superó al pánico que se apoderó de mí al verlo emerger de entre las sombras esa madrugada. Había oído hablar de la seguridad del lugar, pero nunca había visto al maldito. Aunque ese día no nos dijo nada que pareciera una amenaza y tal vez en otro contexto podría ser una frase dirigida a un niño: “¿A dónde van a estas horas el par de ratoncitos?”. Había algo en el tono de voz, en el olor de su

ropa o en la forma en la que acariciaba su arma, mientras no te apartaba la mirada, que me hacía volver a vivir los momentos más amenazantes de mi vida.

Desde ese día, estuve más atento. Solo era detenerme en el sendero y retomar mis pasos para encontrarlo al asecho. Yo aparentaba no temerle y fingía estar tranquilo ofreciéndole un cigarro, pero era igual de mal disimulado mi miedo como cuando subía a la Sierra por lo de mi tesis. Era la misma sensación cuando me paraban “aquellos del camino” a hacerme preguntas, cuyas respuestas ya sabían, y yo les alargaba tembloroso el papel con mi permiso tramitado días antes, ese en el que el patrón aprobaba las visitas a la zona.

Y ahí estaba yo otra vez sintiendo pánico e impotencia. Cambié de país esperando encontrar nuevas experiencias, para encontrarme con el mismo tipo de terror.

Investigué al maldito Pájaro. En ese entonces no supe cuál era su interés particular en ser el encargado de la seguridad en un instituto de investigación. Se decía que habló con todos los que le debían favores para estar en ese puesto. Él era uno de los esbirros de Videla. Lo apodaban Pájaro Rapaz; con el tiempo quedó en solo Pájaro. Tenía la fama de ser el más sanguinario y de, en especial, haberse encarnizado con una de las estudiantes que capturó esa maldita noche de secuestros masivos; así como un ratoncito asustado, jugueteaba con ella entre sus garras, gozaba causándole dolor hasta que se dijo que la embarazó. De la muchacha y la bebé no se supo más.

Con Estrella era otra cosa. Yo, que siempre había sido el patito feo, el último en ser elegido hasta para jugar a los quemados, el favorito del profe y el aborrecido de las niñas. Era para ella su fruta exótica, el extranjero, el de mostrar, le encantaba todo lo que yo hacía y decía, la deslumbraba hasta haciendo un agua de panela, era su

“Encarta” humana, le mostraba otro país y además la amaba, la devoraba con todo el impulso de mis veinticinco y la contención de mis rechazos.

—Háblame de ella, Fabricio, ¿quién era?

—Era la hija adorada de uno de los administrativos de la Universidad. Se rumoraba que era adoptada y tal vez sí, pues no se parecía en nada a los padres. Estudiaba ahí, pero también acompañaba al padre en las oficinas desde niña. Era muy joven y me quería. La conocí en ese curso del que me gané una beca, no pasé más de seis meses allá. Ella sería mi perfecto recuerdo, ese amorcito que evocas cuando tienes el ego aporreado, pero se quedaría así, en el pasado, jamás le prometí regresar, jamás hablé de establecernos, de construir nada juntos. No sé qué más decirte sobre ella. Te puedo confesar es algo sobre mí. Yo también estoy aterrado, pero por algo más amenazante que tus supersticiones. Hace dos semanas, llegó una carta a mi oficina. No sé cómo consiguió mi dirección. Ese maldito Pájaro ya debe ser un anciano y yo no soy el muchachito de entonces, pero aun así, al entender que era él el remitente, se me heló la sangre. ¿Quieres ver una carta siniestra, peor que cualquier maldición?, ¿quieres tener un motivo real para atormentarte? Ese psicópata me amenazó y me reveló hasta dónde era capaz de llegar su maldad.

...Se desangró igualito que la madre. Ahora el ratoncito no sostenía su cría, sino una carta anudada con un encaje. Le clavé la garra justo después de meterla al buzón. Nadie se mete con mis juguetes, colombiano boludo.

Mientras María Teresa sostiene temblorosa el papel, guardado por dos semanas en mi billetera, se inundan sus ojos de horror. El ambiente se torna denso, nuestra atmósfera toma un aspecto coloidal, el silencio que pesa en el aire es rebanoado por un picoteo de pájaro en la ventana, que despierta a nuestra hija, quien ahora llora desconsolada en la habitación del lado. ■■■

¿A dónde van a parar los esfumados?

Texto: Camilo Velandia¹

Ilustración: Heygui T. Araujo Zúñiga²

Día 63, país 1

Hacia agosto ya se contabilizaban por lo menos 650 víctimas. Únicamente se sabe que la mayoría de *los esfumados* mostraba esa extraña coloración amarilla de la piel días antes de su fatídico desenlace.

Para bien o para mal, es muy inusual presenciar la desaparición; un habitante de la calle alguna vez me dijo que era como ver la arena tragarse el agua del mar. “Exótico”, pensé. El punto es que ayer estábamos en la oficina cuando escuchamos a Cristina gritar; descubrimos que de Pablo apenas quedaban en el suelo sus prendas. Llevado por la curiosidad o el morbo, me puse en pie y me acerqué al lugar justo antes que alguien exclamara: “¡Miren, Jorge también!”.

¿Yo, un *esfumado* más? ¿Debe ser una broma!
¿Y lo de la piel amarilla?

En vano intenté contarles la verdad, pues no me veían, no me escuchaban ni me sentían.

Aun si el infierno existiera, diría que esto es peor.

Día 574, país 29

Mi esposa se llamaba Lu y tenía hábitos raros. Recuerdo que compraba el periódico solo para deleitarse con las caricaturas a primera hora del día;

yo aborrecía la prensa. Lu desapareció a inicios de la pandemia, cuando nos negábamos a creer que un ser humano pudiera simplemente evaporarse.

El año pasado surgió un movimiento que asegura que *los esfumados* todavía viven entre nosotros; ellos dicen que los han visto regresar y luego desvanecerse al instante. Cierta día, mientras pensaba en eso, busqué la foto de mi primer viaje con Lu. Habíamos decidido visitar aquel museo de ciencia y ella supo aprovechar un juego de espejos para parecer invisible. El momento quedó registrado y en el reverso de la foto seguía la dedicatoria, casi borrada por el tiempo: “Aunque no me veas, estoy allí para ti. Lu”.

Quizá sea tonto, pero desde entonces compro el periódico todos los días, lo abro en las caricaturas y lo dejo sobre la mesa. Vaya a trabajar o permanezca en casa, siempre lo encuentro como lo dejé, salvo en dos ocasiones que olvidé cerrar la ventana y la brisa se escurrió dentro.

No he botado ningún periódico, por si ella vuelve.



Ausencias. Fuente: Ilustración de Heygui T. Araujo Zúñiga

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena y especialista en Docencia Universitaria. E-mail: camilojaviervelandia@gmail.com.

2. Psicóloga e ilustradora aficionada. E-mail: hetiarzu@gmail.com.



¿Sucede algo? Fuente: Ilustración de Carolina Andrea Medina

El heladero

Texto: Jaime González¹

Ilustración: Carolina Andrea Medina²

El día transcurría sin contratiempos. Con el sol en su cumbre, regresó a mí con intensidad superior ese sentimiento extraño que me despertó en la mañana. Me sentí desesperado, mi cuerpo se enfrió a tal punto que no percibía cambio alguno cuando levantaba la tapa del congelador para despachar el sabor solicitado. Aunque estaba congelado, por mi frente corrían gotas de sudor que se convertían en torrentes cuando alcanzaban el mentón: estaba tan descompuesto en aquel momento que llamé la atención de un cliente, el último del día.

¿Sucede algo?

A la mañana siguiente, en la sección judicial del diario que se vendía en la tienda vecina se podía leer una nota que decía:

A media noche fue hallado un cuerpo en la bahía. El occiso fue encontrado desnudo con muchos palos de helado clavados en la espalda. ■■■

1. Biólogo de la Universidad del Magdalena. E-mail: biojaime14@gmail.com.

2. Diseñadora gráfica. E-mail: carolina25medinaa@gmail.com.

Allá

Texto: Yenny Blanco Buitrago¹

Foto: Linda Esperanza Aragón²

Como un beso al cielo, así vio Juan la montaña que queda frente a su ventana; es lejana y hermosa, pensó antes del desayuno. Las marcas que dejaban en sus ojos las noches de insomnio eran cada vez más visibles. Ya cinco días sin dormir empezaban a notarse, estaba distraído, pero en realidad sentía que todo era más bonito, apreciaba cada detalle; inclusive, la única puerta de la casa, la que daba al camino, le parecía una muralla perfecta, atajaba todo... hasta su sueño. Salir y saludar al único vecino que conocía, esta mañana no le apetecía; intentó hacer lo que más disfrutaba estando a solas, tratar de hacer caballos de madera con una navaja. Ya eran doce y ninguno se parecía a un caballo. No inició el número 13. La noche

llegó y, así mismo, pasaron el sexto y séptimo día. El octavo día, todo era oscuro; no sabía si era por las ganas de lluvia o porque sus ojos empezaban a fallar. Un día gris, se dijo: también es hermoso. Ese día decidió no tumbarse, no intentó siquiera llegar a la cama, se quedó ahí mirando sus doce caballos, todos sin forma; sí que se parecían a él. Llegado el día 10, no se vio al espejo. La mesa aún tenía el pan servido dos días antes y que había guardado desde que su posibilidad de dormir se perdió. Ya no se preguntaba nada sobre sí mismo, se sentía vacío. El café fue delicioso, ya no quedaba mucho. Sentado en el piso, así llegó al onceavo día; ahí decidió arrastrarse hasta su cama.

El día 12 Juan se levantó. Él se vio acostado, se admiró. Se veía maltrecho, su ropa estaba manchada por una especie de sustancia marrón, se veía más delgado. Ya no recordaba cómo era. Se sintió atajado. Vio la ventana y, como queriendo estar en la montaña, se desvaneció lentamente; no hubo día 13. Nadie vino, ni siquiera el olor alertó a alguien. El vecino no lo volvió a recordar y los niños jugaban con unos gusanos marrones que hicieron un camino hasta la lejana e imponente montaña.



Incommensurable.

Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón

1. Licenciada en Español y Literatura y magíster en Educación. *E-mail:* yennyblancobuitrago@gmail.com

2. Comunicadora social-periodista, fotógrafa documental y especialista en Comunicación para el Desarrollo Social. *E-mail:* lindaeারণm12@gmail.com



El último minuto. Fuente: Ilustración de José Ignacio Barros

13 minutos

Texto: Rubén Balanta Mera¹

Ilustración: José Ignacio Barros²

Ven, espera un momento. ¿Te puedo pedir un favor? ¿Sí? Quédate aquí, acompáñame estos últimos minutos que me quedan de vida. No. No estoy loco... o tal vez sí, toda mi vida fue un síntoma de la locura y fue esa misma locura la que me llevó a hacer lo que hice.

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* rubendario0806@gmail.com.

2. Estudiante del programa de Odontología en la Universidad del Magdalena y dibujante aficionado. *E-mail:* jignaciobc01@gmail.com.

¿Que no me entiendes? No, claro que no, pero en unos minutos lo harás. Solo te pido unos cuantos... 13 para ser precisos.

¿Que por qué a ti? Ni yo lo sé, pero siento una terrible necesidad de contar mi historia antes de irme y, bueno, tú fuiste el afortunado... o desafortunado que apareció.

Sí, ya sé que estás trabajando, pero por unos minutos que estés aquí no creo que muera nadie más, ja, ja, ja. Considera este acto parte de tu labor.

¿Para qué me ofreces un psicólogo? No quiero un maldito psicólogo; esa gente es basura y están más locos que tú y yo.

Solo quiero que me escuches. ¿Te quedas? Bien, coge esa silla de allá y siéntate a mi lado. Ya no tengo la misma voz de antes y me cuesta hablar alto... ¡Joder! Ya hemos perdido dos minutos, mejor me apuro.

Mi nombre es... ¿Para qué te digo si ya lo sabes? Lo que sí te puedo contar es el error que me tiene aquí. Me enamoré, me enamoré perdida y apasionadamente como nunca lo imaginé... ¿Qué por qué digo que fue un error? Ya lo verás, ahora cállate y déjame hablar, mira que no tenemos tiempo.

Odio lo cliché, pero tengo que decir que el amor me elevaba, me hacía sentir poderoso, lleno de vitalidad, invencible. Con ninguna de esas porquerías que metí pude experimentar semejante cosa. Me enamoré. No le temía a nada y me lancé al vacío, sin dudarlo, a la maldita sea. El problema es que no me di cuenta de que las alas que me habían puesto estaban fabricadas de mentiras. Así como tampoco

vi el pavimento con el que me reventé solemnemente.

Nací bajo el signo de Capricornio y, en efecto, desde niño fui una cabra: una cabra loca, impredecible y siempre a punto de enloquecer más que la última vez. Quería vivir a mi manera, ser libre... ¡y por dios que lo fui!... hasta que apareció él.

Ser así me llevó a vivir al límite. Cierta día, mis padres se fueron de viaje y me quedé solo. Salí a la calle y me llevé los primeros cuatro tipos que encontré. Cuando llegamos, me violaron, eso fue lo rico; lo malo, me golpearon y se llevaron casi todo.

Como cualquier familia de bien de este puto país, mis padres eran católicos y, por lo tanto, ultra conservadores. Se enteraron de que me gustaban los hombres porque me encontraron chupándose a la seminarista que había llegado de misión. ¡Qué escándalo!

Esa fue la gota que derramó el vaso: me echaron de la casa. Me prometieron mensualmente una buena suma de dinero para que hiciera lo que se me diera la gana con la condición de que me mantuviera lejos. Solo estaban interesados en su imagen... Qué detestables.

Vaya, ya han pasado ocho minutos... Quizá no me creas, pero nunca sentí tanto miedo como ahora. Nadie está preparado para la muerte y quien diga lo contrario miente como un canalla. Nunca me temblaron las manos y heme ahora, cagado de miedo.

Por lo menos me iré sin arrepentimientos, hice todo lo que se me dio la gana; follé todo lo que quise, me drogué todo lo que se me antojó y jodí todo lo que pude. Recuerda, al final solo importa lo que hiciste. Si te enfrentas a la muerte con un "qué hubiera pasado si...", llorarás amargamente. Yo tengo miedo, pero estoy tranquilo, incluso le quité la oportunidad de

venirme a buscar cuando quisiera, la obligué a venir antes.

¿Todavía no lo entiendes? Mira, ¿ya viste el potecito? Ni intentes pedir ayuda. Sabes tan bien como yo que ya nada queda por hacer... solo esperar... Mejor déjame que te cuente cómo lo conocí y por qué terminé aquí.

Ahora que te veo bien, eres atractivo... tienes ese brillo en los ojos de los que quieren comerse el mundo y creo que lo conseguirás. Pero, en fin, lo conocí en una de esas discotecas en donde no se sabe qué huele peor, si los baños o la podredumbre de la misma gente.

Te voy a ahorrar detalles, pero te diré que en ese instante todo el mundo desapareció y solo quedó él. Algo se incendió en mí y no pude dejar de perseguirlo, de buscarlo, de llamarlo, de verlo en todas partes, ni siquiera durmiendo me escapaba de él.

Pronto me vi a su lado todo el tiempo. Lo necesitaba con urgencia. No te lo puedo explicar, pero nunca hubiera podido encontrar a alguien que encajara tan bien conmigo. Siempre estábamos desafiando nuestros límites, nos gustaba probar cosas nuevas, nada nos detenía.

Un día me desperté y ya no estaba. Pensé que había salido un momento. Estuve una semana sin salir. Supe lo que se siente que te rompan el corazón. Al octavo día salí, dispuesto a destruirme, a volverme mierda como si no hubiera un mañana... y una vez más lo conseguí; mira donde terminé.

No sé qué pasó. Cuando desperté ya estaba aquí. En realidad, el diagnóstico no me sorprendió; yo sabía que la tos que tenía desde hace un mes no era normal. Como no eran normales los morados que me salían de repente y las heridas que no sanaban.

Ahora vete, ya no necesito tú ayuda, se nos acabó el tiempo. ■■■



Ciénaga Grande de Santa Marta, Magdalena. Fuente: Archivo de Alejandra Villagrán

El agua mala

Texto: Indira Cárdenas¹

Foto: Alejandra Villagrán²

Juana se despierta con él para ayudarlo a preparar las provisiones, ya que pasarán varios días rachando en la ciénaga, tratando de pescar algo para comer y también vender.

Mientras organizan las cosas y los utensilios de pesca, Juana le expresa la preocupación que lleva días mortificándola:

—¿Será que esta vez sí les irá bien? Mira que la otra vez con lo que trajiste y se vendió no se le pudieron comprar los zapatos para el colegio a

José. La coordinadora le dijo que no lo iba a dejar entrar si no llevaba los zapatos blancos.

Pablo le responde con la mirada entristecida:

—Juana, yo espero que con la bendición de Dios nos vaya bien; ajá, a veces la pesca está buena, a veces mala. Ya sabes. Esos de las fincas ponen el agua mala, pero espero que ahora esté buena. Así quedará plata para los zapatos de José.

Entre tanto, ya iba siendo casi hora de salir.

Se toma un sorbo de café con un pedazo de pan y espera que sean las 5:00 de la mañana, hora en que todos deben estar en el caño para salir a la ciénaga.

Pablo se despide de su mujer con un beso. Juana lo acepta cariñosa, confiada en que esta vez las aguas de la ciénaga harán el milagro de multiplicar los peces. ■■■

1. Ingeniera ambiental y sanitaria de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* iscar9414@gmail.com.

2. Profesional en Comunicación Organizacional y Turismo Sostenible. *E-mail:* ale.villagran25@gmail.com.

Soliloquio

Texto: Padys Puertas Villar¹

Ilustración: Nadia Puertas Villar²

Son las 5:15 a.m. y el crepúsculo matutino me invita a sumarme a esa lista de personas que le apuestan a la salud física. Comenzar con un calentamiento previo a la rutina de ejercicios pareciera ser lo más indicado en estos casos, pero, al



Lupü. Fuente: Ilustración de Nadia Puertas Villar

parecer, no todas las personas que se encuentran en estos escenarios se están ejercitando. Las migraciones forzadas han puesto de manifiesto los dormitorios a que han tenido que recurrir los migrantes: habitaciones más amplias, una cama de concreto, ventilación natural y un improvisado baño, que seguramente se disfrutará si el cuerpo así lo apetece.

Dos o tres vueltas le habría dado al lugar mientras el sol se ponía. El despertar de un habitante de calle llamó mi atención; al abrigarse entre sus sábanas y al sostener una conversación fluida; daba respuestas, cedía la palabra, discutía y, en mi opinión, disfrutaba de esa plática amena que sostenía elocuentemente. Quedé sorprendida al observar la forma tan organizada en la que llevaba su discurso, al igual que su lenguaje no verbal y todos los ademanes que una persona de esta condición seguramente ha adquirido en su andar. Mis ojos no podían creer en tal perfección y, en un intento por refutar lo que veía, parpadé y sacudí mi cabeza tan fuerte como hubiese sido necesario para organizar mis pensamientos. Consideré que una cuarta vuelta al lugar habría sido suficiente para desistir de tal situación, pero, un poco más claro, pude observar cómo una segunda persona se incorporaba, seguramente para tomar una posición más dominante en la conversación.

Lo que evidenciaba justamente era un preámbulo de lo que la realidad me presentaba: dos habitantes de calle se hacían compañía en un recorrido que indudablemente implicaba salvaguardar lo que para ellos era su espacio. Imaginaba que su diálogo estaba cimentado en reflexiones vitales.

Son las 5:15 a.m.

Miré a mí alrededor. Buscaba seguir siendo testigo. ■■■

1. Psicóloga de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* puertavillarpadyspatricia@gmail.com.

2. Estudiante de cuarto semestre de medicina de la Universidad Católica de Cuenca (Ecuador) e ilustradora aficionada. *E-mail:* nvianeth.pv@gmail.com.



Absoluta serenidad. Fuente: Archivo de Linda Esperanza Aragón

Salomón

Texto: Gustavo Candanoza Cuesta¹

Foto: Linda Esperanza Aragón²

Todas las tardes veía morir el sol desde su hamaca, exhausto, al terminar la faena diaria.

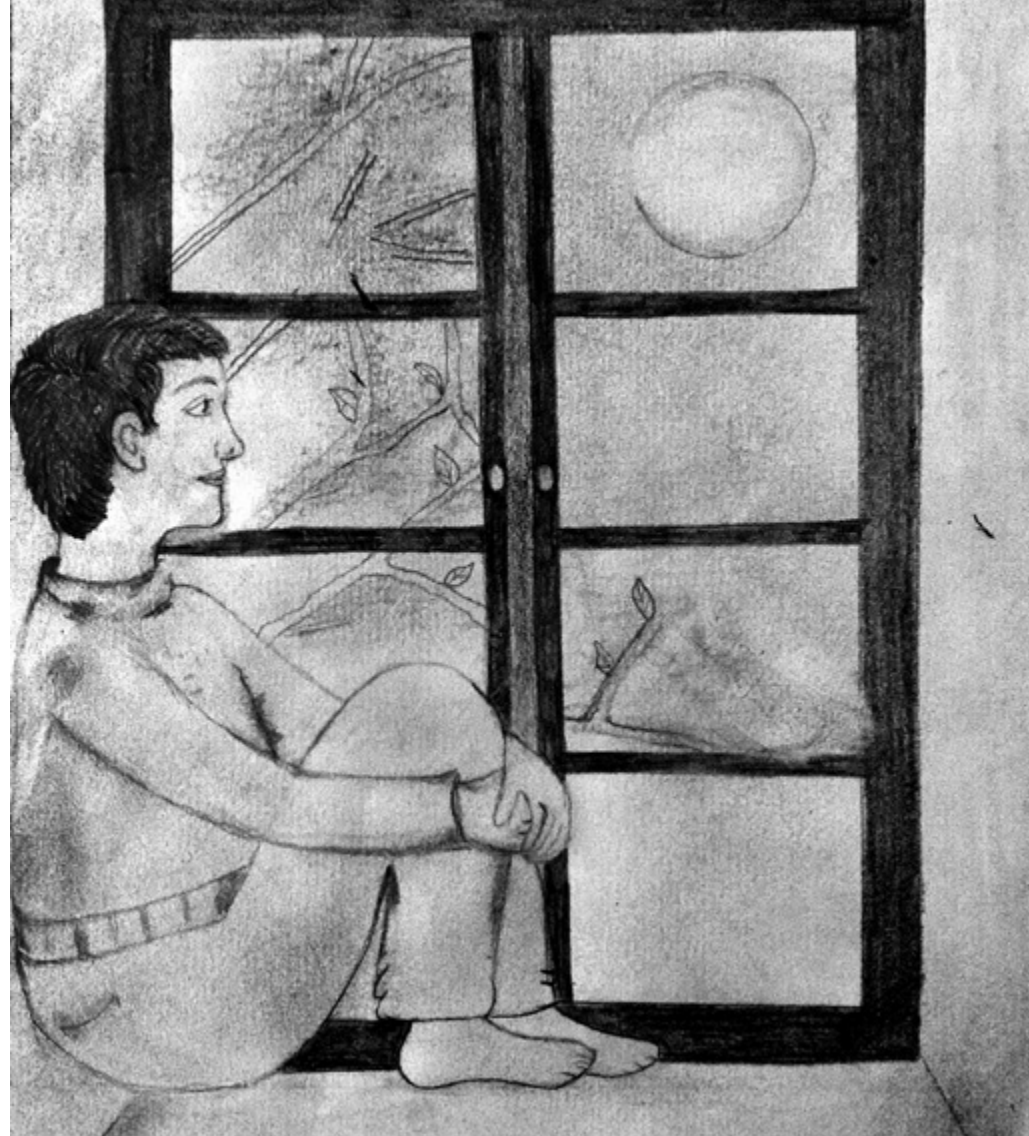
Su nieto, el único miembro de la numerosa familia que asistía a la escuela, le había leído en su última visita un texto que hablaba sobre el estado de los muertos.

Las palabras del niño se repetían en su mente una y otra vez con cada vaivén de la hamaca. Lo arrullaban, le fueron cerrando los ojos. Soñó con el olor de la arena mojada, con los árboles gigantes que lo sobrecogían desde su infancia, con el canto de los pájaros. Todo lo contempló en absoluta serenidad. Una ráfaga de viento lo arrojó de bruces sobre el piso de tierra, pero él siguió durmiendo. Al día siguiente, el nieto volvió a visitarlo. ■■■

1. Licenciado en Educación Básica de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* gustavocandanoza89@gmail.com

2. Comunicadora social-periodista, fotógrafa documental y especialista en Comunicación para el Desarrollo Social. *E-mail:* lindaeারণm12@gmail.com.

Quimera.
Fuente: Dibujo de María
Teresa Hernández



Quimera

Texto y dibujo: María Teresa Hernández¹

Ted no lo vio venir. ¡Qué absurdo que algo que no podía ver no lo dejara salir!, pensó.

Quedarse en casa al parecer era la opción, cerrar sus puertas, pero al mirar dentro se asombró al descubrir que no estaba solo: era como si le estuvieran dando una oportunidad.

1. Odontóloga de la Universidad del Magdalena. E-mail: maytehdez3@gmail.com.

¿Pero de qué oportunidad hablas?, se cuestionó. Miró al espejo y vio a su yo interior, olvidado por el afán del día a día; lucía algo cansado, pero con ganas de vivir. Vivir —dijo—, ¿cómo? Si no puedo salir, vivir desde aquí, para ti, para mí.

¿Así nos salvaremos?

No es de él de quien tenemos que salvarnos, es de nosotros mismos, de no crear espacios de inclusión, de no vivir para servir.

Había entendido que ser feliz y vivir no es igual a salir, sino a resiliencia y siembra de amor... y eso desde casa siempre se hace mejor.

Miró al espejo a la espera de la aceptación, pero ya no estaba, no lo podía ver, aunque seguía ahí. ■■■

Un día para recordar

Texto y fotografía: Marta Vives Alarcón¹

Ella se encontraba en su acostumbrado banco. Los pensamientos bailaban en su cabeza. Una y otra vez llegaba a su mente la escena de ese día para recordar.

Qué hubiese pasado si, en vez del traje rojo que su madre le regaló, hubiera usado el gris, que era más discreto. Muy seguramente no se habrían desencadenado esos acontecimientos que aún hoy, muchos meses después, siguen tan fijos en su memoria como si hubiesen ocurrido hace unos instantes.

Ya los rayos del sol hacían su curva acostumbrada, que le permitía seguir disfrutando un rato más de la suave brisa y el hermoso paisaje. Pero, en vez de que esa escena la tranquilizara, siguió golpeando su mente con lo que debió afrontar al final de ese día: ¿pero fue tan grave?, ¿qué culpa tengo de que mi mano no soportara ese peso...?

Sin embargo, se siguió martirizando porque recordaba los reclamos airados de esa señora de caballera ondulada y de rostro enmarcado en los lentes plateados, que le repetía una y otra vez: ¿qué fue lo que hiciste?, ¿cómo se te ocurrió hacer eso?

Los gritos de la señora fueron tan estridentes que superaron la melodía que había comenzado a sonar e invitaba a más de uno a bailar.

Una pelota toca su zapato y la saca de su mundo. Al mirar al suelo ve la mirada de un pequeño que, con gesto impotente, le dice en tono bajo, *lo siento*.

1. Comunicadora social-periodista, especialista en Comunicación Estratégica y Gerencia de la Comunicación Organizacional. E-mail: mvives@unimagdalena.edu.co.



A mi ángel del cielo, quien es mi inspiración.
Fuente: Fotografía de Marta Vives Alarcón

Ve irse al pequeño, pero casi inmediatamente regresa a su angustia y se pregunta por qué ese hecho tan insignificante la ha dejado tan perturbada, hasta el punto de que olvidó las razones por las cuales se encontraba esa tarde en ese banco.

Pero, siguió meditando, luego de que todos se dieron cuenta de su descuido, vinieron los peores momentos de su vida, rostros que con su mirada la señalaban, que decían “¡es inaudito!, ¿quién es esa mujer que osa cometer semejante afrenta a la anfitriona?”

No tuvo más remedio que callar y darse cuenta de que el vestido gris era el ideal porque nadie hubiera notado que dejó derramar el último poquito de ese delicioso ponche, preparado por la dueña de la fiesta y que había guardado muy celosamente para el invitado especial.

Dejó a un lado sus pensamientos y su rostro brilló al recordar que faltaban pocos minutos para encontrarse con el hombre que sería su esposo en unos días: el invitado especial que nunca pudo probar el ponche que ella derramó esa noche. ■■■

Baladíes

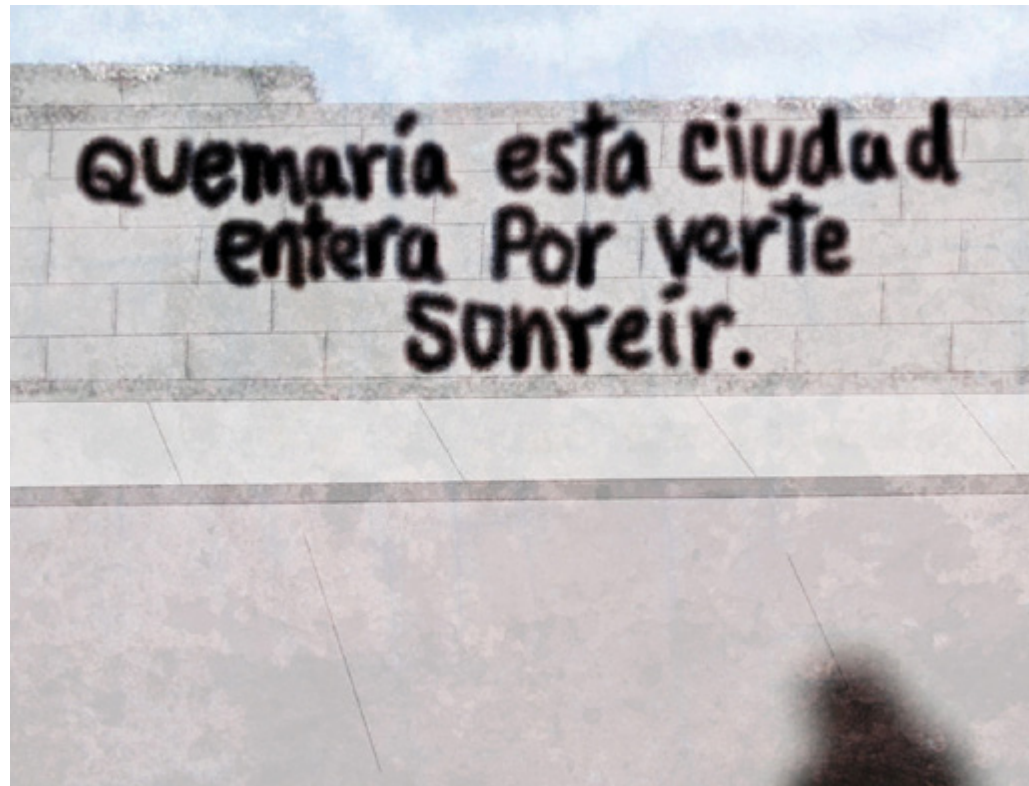
Texto: Jeimmy De Luque Salcedo¹

Ilustración: Jody Beleño²

“Quemaría esta ciudad entera por verte sonreír”, reza una pared en la avenida principal, una calle antes de mi destino matutino habitual. Me detengo. Es inevitable no ver el texto anónimo en letras negras y asimétricas, probablemente hecho con aerosol barato durante altas horas de la noche o en la madrugada. Cuesta mucho imaginar a quién va dirigido ese mensaje. Ha estado allí por tanto tiempo que es como si se hubiese vuelto parte de la ciudad, como si ya no importara el contenido o la intención por la cual fue creado. Ahora, parece solo una imagen fija en un lugar que en esencia casi nunca cambia porque, contrario al arte de arder por amor, se embalsamaron las llamas. Pensándolo bien, en esta ciudad solo sobreviven las cosas que, teniendo potencial para algo más, se quedan quietas. Sigo caminando. Es momento de renunciar a mi trabajo. ■■■

1. Psicóloga de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* jdeluque@unimagdalena.edu.co.

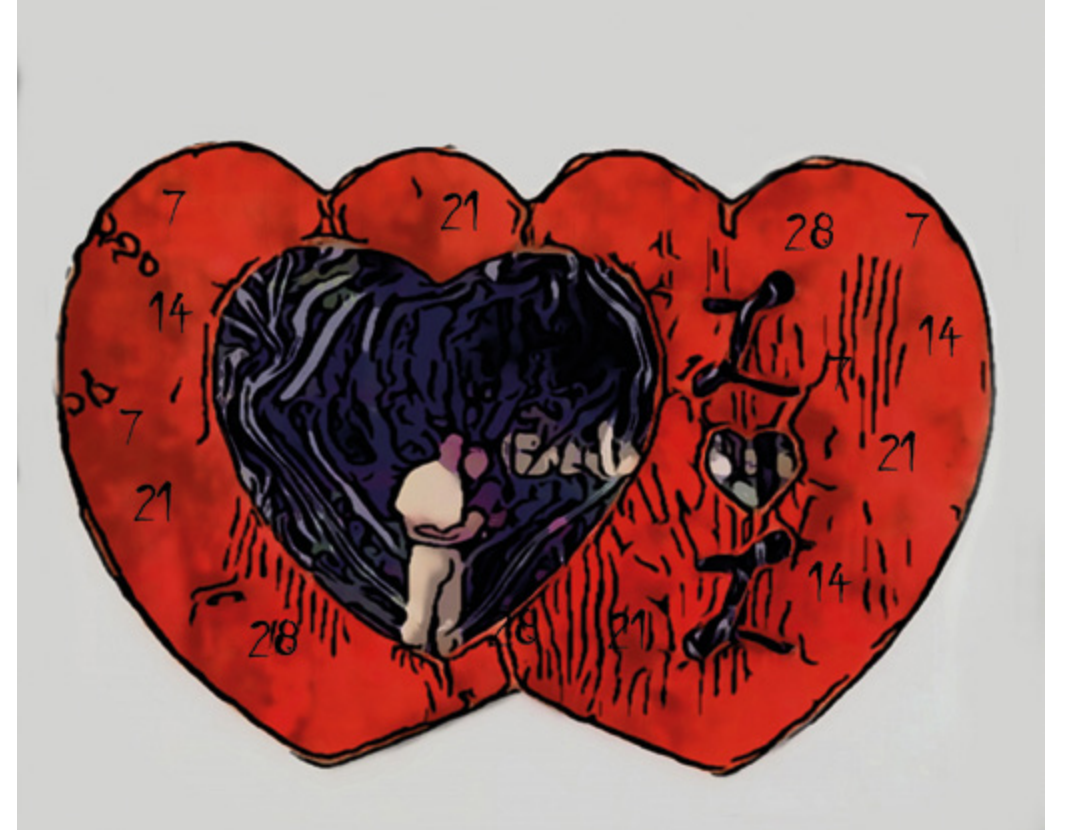
2. Psicóloga de la Universidad del Magdalena. *E-mail:* dylysbeleno27@gmail.com.



Grafiti.

Fuente: Ilustración de Jody Beleño

Magia.
Fuente: Ilustración de Lucía Bustamante Meza



Amor mágico como el siete

ese joven que le fascinaba y la hacía estremecer era además su tocayo.

¡Sí! ¡Su tocayo! Eran tan cercanos que casi compartían el mismo nombre. Ella nació en jueves, múltiplo de siete; él nació en martes, múltiplo de nueve. Ya convencidos de su amor, en el 2002, un jueves múltiplo de siete, entre las siete y las ocho, firmaron su acta de matrimonio. En julio, mes siete, del 2007, tuvieron su primogénito, y en el 2014, siete años después, también en el mes siete, tuvieron su segundo hijo.

Ni Shakespeare pudo imaginar para su historia de amor un título tan singular, seguramente porque parecería fantástico o irreal, pero se trata de una historia sumamente real, la historia de un amor verdadero que, como todo amor real, pasará a la inmortalidad.

Lucio y Lucía, un amor mágico como el siete que continua y continuará... ■■■

Texto e ilustración: Lucía Bustamante Meza¹

Un jueves múltiplo de siete, en un lugar más alto de lo normal, con luna llena, debía conocer al amor de su vida, y cada jueves siete, catorce, veintiuno o veintiocho que hacía luna llena ella evitaba los lugares altos porque tenía miedo a enamorarse.

A pesar de evitarlo, en mayo de 1998 ese día llegó y, aunque no fue en luna llena, ni en un lugar más alto de lo normal, ella reconoció que un joven que conoció en abril de 1996 era el amor de su vida. Para que no quedara lugar a duda ni posibilidad de escapatoria, para no poder zafarse,

1. Ingeniera de Sistemas, magíster en Computación Aplicada y doctora en Ciencias de la Educación. *E-mail:* lbustamante@unimagdalena.edu.co.

El viejo gato y su rímel

Texto: Michael Hernández¹

Ilustración: José Ignacio Barros²

Llegaba por las mañanas, siempre ronroneando su espumante cola entre mis pies.

Llegaba, se paseaba, pero nunca decía su nombre.

Ese gato parecía estar viviendo su última vida.

Estaba seguro de que habían sido más de siete.

Sus patas rosadas a veces acariciaban mi puerta, avisando su llegada, pero nunca decía su nombre.

Había días en que traía un rímel entre sus orejas que daban la impresión de que había tenido una faena entre sus sueños; cuando le preguntaba, solo me ignoraba.

Era un gato extraño, confuso, maltrecho.

Un día no lo dejé entrar a mi habitación y no regresó en una semana; cuando volvió, me mostraba solamente su abultada panza llena de pelos.

Pienso que la demencia de la vejez lo estaba volviendo quisquilloso.

Ese rímel que le combinaba con sus ojos verdes de pradera, no dejaba que nadie se lo tocara; me di cuenta un día cuando, retumbando en los techos, lo encontré por las bóvedas de mis cavilaciones.



El universo en sus ojos.

Fuente: Ilustración de José Ignacio Barros

Al verlo despeinado y con su cola levantada, le pregunté afanosamente hasta quedarme sin aire; pero nunca, nunca me dijo su nombre.

Qué viejo gato tan mañoso, ya no lo quiero más.

De castigo, le pondré nombre de hembra para que algún día se entere, se llene de rabia y pierda su vida cayendo por las escaleras empinadas de este carrusel.

¡Sí! Ojalá pierda la vida y pueda reencarnar en otro gato que me diga su nombre, que recite anagramas de una sola línea y que tampoco maúlle hipócritamente mientras peino mis bigotes después de comer.

Aunque, a decir verdad,

si la pierde él, también la pierdo yo,

porque solo existe uno de los dos. ■■■

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena y especialista en Gestión en Procesos Psicosociales. E-mail: michaelhdez19@gmail.com.

2. Estudiante del programa de Odontología en la Universidad del Magdalena y dibujante aficionado. E-mail: jignaciobc01@gmail.com.

Un maldito más

Texto: Carlos Fuentes¹

Foto: Roxana Charris²

No recordaba hace cuánto tiempo se sentía así. Por alguna razón, se sentía extraño, como si no fuera él mismo. La gente lo observaba, sabía que algo andaba mal en él. Quizá por eso decidió encerrarse en su casa y no salir más a la calle.

Hacía más de un año que no salía de su casa. Recordó que su maldición empezó en el mercado de su pueblo. Ese día le tocaba madrugar a comprar la comida del mes, eran las 5:00 de la madrugada. Él odiaba madrugar, quizá por eso se levantó de mal humor. Era temprano, el sol aún no se asomaba, sus pestañas aún cargaban los sueños



Un ser maldito. Fuente: Archivo de Roxana Charris.

1. Psicólogo de la Universidad del Magdalena. E-mail: carlosfuentesml@unimagdalena.edu.co

2. Fotógrafa y productora multimedia-audiovisual. E-mail: roxchy@gmail.com.

de la noche anterior. Ojalá el sol se hubiese levantado más temprano y un rayo de luz lo persuadiera de lo que iba a suceder; si hubiese sido así, seguramente las cosas serían diferentes.

Pero aquel rayo nunca llegó. Manejó su bicicleta durante diez minutos, le faltaban solo dos calles para llegar hasta su destino. La brisa de la mañana lo arrulló entre sus brazos y, cuando quiso desprenderse de ella, su bicicleta voló hasta un puesto de venta de pescados.

Si tan solo esa vieja no se hubiese atravesado en su camino, eso fue lo primero que pensó.

De repente, la vieja lo empezó a insultar. Le gritó lo torpe y estúpido que era. Él enfureció en un instante y recordó que dos semanas atrás había fallecido la hija de la señora.

Entonces, él le dijo: “Más estúpida se ve usted llorando por una persona que nunca volverá a ver”.

La señora también enfureció, alardeó de la fama de bruja y rezandera que le atribuían en el pueblo. Mencionó algunas palabras incomprensibles, sacó de su bolsillo un tabaco y escupió tres veces en el suelo. Él no le prestó atención, montó su bicicleta y manejó lo más rápido posible.

Al llegar la noche, se sintió extraño, sentía que su barriga estaba hinchada. Pensó en ello un rato y, en un instante, se quedó dormido. Al amanecer, percibió que un olor desagradable salía de su boca. Lavó sus dientes varias veces, pasaron horas y el olor a muerto nunca se fue de su bóveda.

Había pasado más de un año desde que se sentía maldito. Mucha gente se había alejado de él o quizá él se había alejado de ellos. No quiera vivir así, había decidido que no podía soportarlo, ya había tomado una decisión. ■■■

Políticas para publicación de textos

A *tarraya Cultural* se acoge a las políticas editoriales de la Universidad del Magdalena, en cuanto al uso del Manual de Estilo APA, en su versión actualizada, para la presentación de textos. La aplicación de las normas de estilo es responsabilidad de los autores, también lo es los contenidos y la referencia a las fuentes gráficas y literarias que utilicen en sus artículos. Cada texto se someterá a evaluación por parte del Comité Editorial, en dónde se decidirá en qué número se incluirán las publicaciones que se propongan. Se realizará una convocatoria semestral para que estudiantes, docentes y comunidad en general puedan enviar sus textos. Se favorecen textos de tipo cultural, literario, fotografías, ilustraciones, muestras de arte, así también textos de reflexión académica. Se favorece la experimentación con los discursos textuales, siempre y cuando, el Comité Editorial de la revista, valore los textos como publicables y de alta calidad en contenido y propuesta artística.

**Dirección de
Proyección Cultural**



Convocatoria revista Atarraya Cultural

A *tarraya Cultural* convoca a su próximo número, que se publicará durante el segundo semestre de 2022. El formato de texto es libre; se aceptarán textos de reflexión, literarios, propuestas de géneros híbridos, crónicas, trabajos periodísticos, ensayos. Todos los textos tienen que pensar o tratar de temáticas relativas a la cultura del Caribe colombiano. La extensión mínima de los textos es de 2000 y máxima de 5000 palabras.

El Comité Editorial se reserva la decisión de evaluar los textos y publicar aquellos que en su calidad contribuyan a desarrollar el mejor número, en cuanto a contenidos y propuestas creativas e innovadoras.

Invitamos especialmente a docentes de instituciones educativas, estudiantes y comunidad en general a participar con sus propuestas de textos para hacer visibles experiencias culturales significativas y positivas de trabajo en el ámbito cultural.

Los artículos deben enviarse a los siguientes correos:
proyeccioncultural@unimagdalena.edu.co
atarrayacultural@unimagdalena.edu.co

**Dirección de
Proyección Cultural**



Atarraya

Cultural Construyendo Región



ACREDITADA
POR ALTA CALIDAD

AÚN+ incluyente e innovadora | PERIODO 20.24



CALIFICACIÓN
AA
Largo plazo
Perspectiva estable
FitchRatings
COLOMBIA S.A.

